



economía

**REVISTA DEL INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

Nº - 64

economía

REVISTA DEL INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
ECONOMICAS



050
B6881e
64

64

TERCERA EPOCA

AGOSTO DE 1975

DONACION

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

Facultad de Ciencias Económicas

SUMARIO

EDITORIAL

3

EL NUEVO TERRENO DE LA LUCHA DE CLASES Y
PROBLEMAS DE LA REVOLUCION EN
AMERICA LATINA
Aníbal Quijano

5

BREVE EVALUACION DE LA PARTICIPACION DEL
ECUADOR EN EL GRUPO ANDINO
José Moncada

25

CIENCIA E IDEOLOGIA EN EL PENSAMIENTO SOCIAL
América Bastidas

35

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y AMERICA LATINA
Oscar Figueroa

43

COMENTARIO:

ECUADOR: PASADO Y PRESENTE
Miguel Donoso Pareja

56

DOCUMENTO:

EL HAMBRE EN EL MUNDO
Carlos Rafael Rodríguez

61

DIRECTOR: René Báez

Para todo lo relacionado con esta publicación dirigirse a:

Instituto de Investigaciones Económicas de la
Universidad Central

Apartado 1088

Quito - Ecuador

PRESIONES IMPERIALISTAS

La reciente decisión gubernamental de reducir el precio del petróleo culmina un nuevo e infamante episodio de las relaciones entre la metrópoli norteamericana y nuestro país, pues supone una agresión contra la economía y soberanía nacionales. La compulsión de Texaco y Gulf ha quedado plenamente evidenciada, y ha venido a ilustrar aún más sobre el amplio espectro de tácticas y métodos que los monopolios imperialistas emplean en nuestros países en defensa de sus intereses. La nueva agresión, naturalmente, fue orquestada y aplaudida por los medios de información colectiva de conocida filiación antinacional.

La decisión de marras ni siquiera ha significado un aval de recuperación de las exportaciones petroleras; al contrario —y conforme señalan las estadísticas—, las ventas del crudo ecuatoriano se mantienen en niveles “críticos”, lo cual no hace sino perfilar la segunda fase de la ofensiva de los monopolios y el Departamento de Estado contra nuestro país y que eventualmente culminaría con el retiro del Ecuador de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP).

Esta escalada imperialista en materia de política petrolera se está conjugando de modo natural con la creciente oposición de distintas fracciones de la burguesía ecuatoriana a la ya vapuleada Decisión 24 del Pacto Andino, expresión de algún nacionalismo económico y que bastante tímidamente buscara regular y controlar la inversión externa en la subregión con el declarado propósito de vigorizar a los empresarios locales. La Decisión 24, cuestionada en primera instancia por un cónclave de capitalistas estadounidenses conocido como Consejo de las Américas, es, pues, otro de los objetivos tácticos del imperialismo y la reacción interna y, asimismo, pone al descubierto los verdaderos inte-

reses que se agitan detrás del publicitado experimento integracionista.

Estos dos ejemplos muestran en forma inequívoca como el nacionalismo de nuestros países, en cuanto adquiere algún matiz positivo (es decir, antimperialista), se convierte en el blanco de la ira y conspiración tanto de la burguesía internacional como de las burguesías locales o "consulares".

En la actual circunstancia de crisis y de repliegue del capitalismo norteamericano de estratégicas zonas del mundo, es previsible que este tipo de acciones y presiones se multiplique, especialmente en el "traspatio" latinoamericano, considerando área de influencia natural de los Estados Unidos.

Formas de presión como las descritas se inscriben obviamente en el interés metropolitano de perpetuar en nuestros países --en connivencia con los agentes locales de la dominación-- su campo operacional, el control monopolista de nuestros recursos, su proyecto de organización de nuestras sociedades, en definitiva, un destino subalterno y extraño para nuestros pueblos.

El desafío imperialista tiene un carácter total, así tenemos que entenderlo y en ese nivel proponer la respuesta consecuente de los hombres y mujeres latinoamericanos y ecuatorianos dispuestos a situar su compromiso en las genuinas necesidades sociales y no en los estrechos límites del interés privado.

EL NUEVO TERRENO DE LA LUCHA DE CLASES Y LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCION EN AMERICA LATINA (*)

Anibal Quijano

En nuestras reuniones anteriores he tratado de presentar, en sus líneas generales, las tendencias y las características nuevas con que se mueve y se configura el terreno actual de la lucha de clases en América Latina. Ahora, después de esto, supongo que todos nosotros tendríamos necesidad de contestar a una pregunta obligada: ¿Y frente a todo esto, qué vamos a hacer?

Yo supongo también, o mejor, estoy seguro, que Uds. son totalmente sensatos y no están esperando que acuñe aquí respuestas a esta gran pregunta. En verdad, creo que en esta ocasión y en un lugar como éste, es más pertinente intentar formular los problemas, por lo menos algunos de los más importantes, a los cuales nos enfrentamos en este nuevo escenario de las luchas de clase.

LA MESA DE TRES PATAS

Para partir, quisiera sugerir que en relación a los problemas de la revolución socialista, dentro y fuera de América Latina necesitamos todavía estrechar y sistematizar la articulación entre tres elementos básicos; construir lo que, con una imagen menor, podríamos llamar algo así como una mesa de tres patas: una teoría que efectivamente dé cuenta de la realidad y de sus movimientos, la organización y movilización política de las cla-

(*) Conferencia dictada en el Curso Interamericano de Invierno de la Facultad de Ciencia Política de la UNAM, México, abril de 1974. Colaboración especial para la Revista "ECONOMIA".

ses dominadas, y el desarrollo de la capacidad de violencia revolucionaria de las masas.

Me parece que en América Latina, como lo muestra bien la experiencia actual, no hemos podido aún conseguir plenamente la sistemática articulación de esos tres elementos. Hemos tenido movimientos populares fuertemente organizados, pero en los cuales los retrasos y las limitaciones teóricas han producido conducciones vacilantes; u organizaciones con notable capacidad de violencia revolucionaria, pero cuya conexión con el movimiento organizado de las masas ha sido en todos los casos precaria. O, finalmente, núcleos políticos con una relativa notable lucidez teórica, pero cuya audiencia en las masas, cuya presencia real en el seno de ellas y cuya capacidad de trabajo organizado han sido, casi siempre, débiles. Y hasta tanto que no hayamos podido construir esta mesa de tres patas, serán siempre más probables las derrotas que los triunfos de las luchas revolucionarias.

LOS PROBLEMAS DE LA TEORIA

En la reunión pasada, aludí a tres problemas cuya investigación y discusión me parecen decisivas para la construcción de una estrategia revolucionaria en América Latina, y que resultan del esquema crítico-explicativo presentado previamente.

En primer lugar, lo que hemos denominado como el agotamiento de las bases objetivas del nacionalismo-antioligárquico, como parte de una estrategia revolucionaria conducente al socialismo, y cuyo agotamiento explica el auge y la declinación actual del nacionalismo de origen pequeño-burgués.

Sobre este problema, creo que la confusión es todavía muy extendida, porque las condiciones propias de la dominación imperialista en el pasado ciclo del capital, permitieron que dentro de la teoría revolucionaria se concluyera, correctamente para ese período, que en toda sociedad nacional sometida a la dominación imperialista, la burguesía dependiente era o podía ser nacionalista. En consecuencia era no solamente posible sino también necesario, que se trabajara en la construcción de una alianza de los trabajadores con la burguesía nacional, para un enfrentamiento conjunto contra la burguesía imperialista.

Y en efecto, si no en todas partes, existían algunas bases objetivas para que aquello pudiera ser así en América Latina. Las dos principales, pueden ser formuladas brevemente:

1.— En la mayoría de países sometidos a la dominación imperialista, el modelo central de acumulación era de carácter semicolonial, una de cuyas bases fundamentales era la extendida persistencia de relaciones de producción de origen precapitalista, estructuralmente articuladas a las necesidades de acumulación de un capital monopolista con sedes casi exclusivamente externas de realización y de acumulación. En esa situación, las

posibilidades y necesidades de expansión del mercado interno, de formación o de ampliación de un circuito interno de acumulación, estaban relativamente bloqueadas y, en consecuencia, las posibilidades y necesidades de expansión del poder económico propio de las burguesías dependientes. En las regiones y países colonizados, esa situación estaba agravada por el bloqueo de la participación de las burguesías nativas en el poder político.

En otros términos, en las contradicciones de la estructura de las relaciones de producción, se asentaba una base objetiva de conflictos entre la burguesía imperialista y la dependiente.

En América Latina, a pesar de que en términos generales esa era la situación en todos los países, la posibilidad de conflictos reales entre la burguesía imperialista y la dependiente no se dio con la misma profundidad en todos ellos.

En algunos países, por determinaciones históricas bien precisables, pudieron emerger núcleos importantes de burguesía dependiente en el control directo de recursos igualmente importantes de producción. Debido a eso, dentro de su asociación subordinada con la burguesía monopolista o imperialista, aquellos núcleos de burguesía dependiente tenían interés y capacidad para intentar enfrentamientos parciales con la burguesía imperialista, admitiendo inclusive apoyarse en movimientos populares, para tratar de hacer reformas que permitieran, al mismo tiempo, la expansión de las bases de un circuito interno de acumulación y de realización, y la mayor participación en los beneficios de la producción capitalista como tal.

En otros países, en cambio, las bases del desarrollo capitalista eran tan extremadamente incipientes y, por lo tanto, los respectivos núcleos de burguesía capitalista, que al producirse la penetración directa de capital imperialista en ellos, la burguesía imperialista se articuló políticamente con una oligarquía de terratenientes señoriales y comerciantes. O, en otros casos, los núcleos emergentes de burguesía nacional sin ser despreciables estaban políticamente debilitados y la burguesía imperialista pudo apoderarse de la práctica totalidad de los recursos de producción en ese momento significativos, reduciendo a la burguesía dependiente a una condición económica y políticamente demasiado débil.

En estos últimos países, o no existía una burguesía dependiente en tanto que una clase social efectiva, sino como núcleos reducidos y dispersos, o fue reducida a una condición de debilidad tan extrema, que no tuvo en momento alguno capacidad para un enfrentamiento importante con la burguesía imperialista, y, por lo mismo, tampoco un interés real para hacerlo, ya que a ese nivel de incapacidad se produce también una falta de interés efectivo. Sobre todo, porque en esas condiciones, los movimientos populares antioligárquicos, obligaron a este tipo de bur-

guesías dependientes, a apoyarse y entregarse aún más profundamente a la dominación imperialista.

Todos sabemos que a pesar de estas diferencias profundas entre los países latinoamericanos, la mayor parte de los movimientos políticos que se reclaman socialistas, intentaron la aplicación mecánica e indiscriminada de una estrategia de alianzas con las burguesías nacionales, en todas partes. Y en ciertos países, casi siempre a destiempo.

Actualmente, el proceso de cambios que hemos venido examinando ha modificado aquella situación de manera fundamental. En la medida en que se van ampliando y reorganizando las bases del capitalismo, las fuentes de conflictos entre la burguesía dependiente y la imperialista se han ido reduciendo, cediendo el lugar a una cada vez más profunda identificación de sus intereses concretos.

2.— Una segunda base de conflictos entre ambos estratos de la burguesía, era la notable limitación de los márgenes de autonomía que los Estados Imperialistas permitían o toleraban a los Estados Nacional-Dependientes, porque de un lado, el bloqueo a los intereses propios de las burguesías dependientes en la arena económica estaba reforzado por el bloqueo a la autonomía de su participación en el poder político; y de otro lado, porque la competencia entre las burguesías nacional-imperialistas, obligaba a sus respectivos Estados a someter a los Estados Nacional-Dependientes a un control muy riguroso.

Esa situación correspondía al hecho de que en ese período, el capital monopolista estaba dividido entre las manos de burguesías nacional-imperialistas que se disputaban los mercados, los recursos productivos, y el control político de zonas y países para garantizar el control de sus recursos económicos.

En esas condiciones, una burguesía dependiente que quedaba colocada bajo el dominio de una de las burguesías nacional-imperialistas, no tenía posibilidades de diversificar sus relaciones económicas con las de otros países y de ampliar sus márgenes de beneficio. La autonomía relativa de la burguesía dependiente en el plano político, era por lo tanto un interés de aquella y una fuente de conflictos con la burguesía imperialista.

La competencia entre las burguesías de los diversos países imperialistas no se ha terminado. Es ya claro, sin embargo, que actualmente esa competencia se ha modificado en varios sentidos, admitiendo una creciente capacidad de las burguesías dependientes para multilateralizar sus relaciones económicas y políticas y, en ese sentido, disponer de un margen relativamente ampliado de autonomía respecto del control de un determinado Estado Imperialista en particular, sin que eso signifique su salida del orden imperialista en su conjunto.

El proceso de creciente internacionalización del capital, el surgimiento de las grandes corporaciones conglomeradas transnacionales, implican una autonomía relativa importante de la política de éstas respecto de los Estados Imperialistas, y amplían también las posibilidades de maniobra de las burguesías dependientes dentro del campo imperialista al que pertenecen.

Y, no menos importante, el hecho de que a partir de la Segunda Guerra Mundial todas estas modificaciones en la estructura del imperialismo, se llevaron a cabo bajo la total hegemonía del Estado Norteamericano, el cual fue emergiendo de ese modo ya no solamente como un Estado Nacional-Imperialista en competencia con otros, sino cada vez más como el Estado Imperialista Hegemónico, que habiendo reducido muy drásticamente la capacidad político-militar de los otros Estados Imperialistas, asumía ya no solamente la defensa de sus intereses nacional-imperialistas, sino la defensa de los intereses del conjunto del sistema imperialista.

Dentro de este nuevo contexto, la competencia entre las burguesías imperialistas, sin que sus bases nacionales se hayan terminado, va asumiendo la forma de una competencia inter-empresas multinacionales, combinada con la competencia internacional. Pero, además, las burguesías nacional-imperialistas que todavía pudieran operar como tales, no tienen hoy día las posibilidades político-militares que les permitían a cada una por separado, buscar el control aparte de una zona o de un país, en contra de las demás. Ninguna de ellas puede ir demasiado lejos en esa dirección, en el momento en que sus conflictos internos están ya subordinados definitivamente a las necesidades de la defensa global del sistema.

De su lado, el propio Estado Imperialista Hegemónico, no podría ya operar solamente como representante de los intereses de una burguesía nacional-imperialista particular. El capital monopólico de origen norteamericano tiene el dominio del sistema en tanto que opera en su carácter de capital monopólico internacional, dominador y expresión del sistema en su conjunto. El Estado norteamericano, en tanto que Estado Imperialista Hegemónico, requiere ahora simultáneamente defender sus intereses nacionales, y arbitrar entre éstos y las necesidades de defensa global del sistema.

Se ha cerrado así, o está terminando de cerrarse en América Latina, el ciclo histórico en el cual existían bases estructurales de contradicciones importantes entre los intereses de la burguesía imperialista y aquéllos de la burguesía dependiente.

Asistimos hoy día, en América Latina, a una cada vez más profunda asociación de intereses entre burguesía imperialista y burguesía dependiente, al mismo tiempo en que los Estados Nacional-Dependientes disponen visiblemente de un margen de ma-

niobra suficientemente amplio como para multilateralizar las relaciones económicas y políticas de sus países (de los capitales que allí operan), de un modo bastante diferente que en el período anterior.

Todo ello supone, a mi juicio, la necesidad de replantear a fondo el razonamiento político que colocaba y todavía coloca el nacionalismo-antioligárquico, como una etapa y una parte real de una estrategia de lucha por el socialismo. Es decir, las bases teóricas del reformismo en América Latina, cobijadas en el seno mismo de movimientos que sostienen explícitamente su orientación socialista, son despojadas ahora de todo sustento en la realidad.

En segundo lugar, y en estrecha relación con el problema anterior, me parece necesario insistir en que esa nueva situación de los Estados Nacional-Dependientes, hace parte integrante de la alteración de sus funciones concretas respecto del problema de la acumulación de capital.

Por las razones que acabamos de anotar, en el ciclo que ahora termina la estatización de recursos de producción dentro de nuestros países, fue durante un momento un curso objetivo de nacionalización del capital, en la medida en que eso correspondía al carácter objetivo de las contradicciones importantes de intereses entre la burguesía imperialista y la dependiente, contradicciones que no por ser parciales eran menos reales, por lo menos en algunos países.

Sin embargo, es evidente hoy día que la estatización de capital ya no es en América Latina, sinónimo de nacionalización automáticamente. El desarrollo de las tendencias hacia el Capitalismo de Estado, se procesa actualmente como parte de una asociación del capital estatal y del capital monopolístico internacional e interno, en todos nuestros países. Y esta asociación está pasando a ser el eje nuevo de la expansión del dominio del capital monopolista internacional en la economía latinoamericana.

He insistido en la reunión anterior, que el Capitalismo de Estado en la actualidad es el resultado, simultáneamente, de las necesidades del propio grado de desarrollo de las fuerzas productivas dentro del capitalismo en estos países, y de las necesidades de expansión de las bases de la acumulación internacional del capital monopolístico, así como de los problemas derivados de la necesidad de control político de los conflictos de clase en el momento mismo de este reajuste de las bases del capitalismo y de la hegemonía de la burguesía monopolista en el Estado.

Eso significa que la asociación entre capital estatal y capital monopolístico internacional e interno, que funda el desarrollo de las tendencias hacia el Capitalismo de Estado, no solamente no está exenta de contradicciones, sino que tampoco agota plenamente las contradicciones originadas en la situación anterior. Sin em-

bargo, el hecho es que éstas últimas están fundamentalmente subordinadas a las que se derivan de la nueva estructura. Es decir, lo que pueda quedar de los intereses nacionales del capital y de la burguesía dependientes, se subsumen en las necesidades de la asociación con el capital y la burguesía monopolista internacional y en sus contradicciones.

Como hemos visto antes, esas nuevas contradicciones son aquellas que se derivan de las necesidades de consolidación de los circuitos internos de acumulación en unos países, o de las necesidades de ampliar la inserción en el circuito internacional de reproducción ampliada en otros, frente a los intereses inmediatos del capital monopolista internacional. Y de otro lado, las que se derivan de las necesidades del Estado de operar ahora como empresario capitalista, frente a sus necesidades agravadas de arbitrar y controlar los conflictos sustantivos entre las clases, en el preciso período de la depuración y de la profundización de esos conflictos.

No creo necesario detenernos en estos problemas ahora, puesto que fueron examinados ya en la pasada reunión. Quizás, no obstante, no es inútil enfatizar que esas contradicciones tenderán necesariamente a profundizarse, en el curso de agudización de los conflictos político-sociales, en torno de los propios problemas del capitalismo de Estado y de las nuevas formas de dominación política que éste implica en la actualidad.

Los soportes, las contradicciones y los límites del Capitalismo de Estado, en tanto que posibilidad de un proceso de desarrollo de un nacionalismo antimperialista, y de desarrollo de la democratización de la sociedad y del Estado, es decir, en conjunto como parte de una posible fase de revolución democrático-burguesa nacionalista, muestran pues ahora claramente que una concepción de la revolución fundada en esta alternativa, sólo puede servir para mantener la confusión en la conciencia política de los trabajadores.

Finalmente, por todas esas razones, es pertinente sostener que la continuidad de formulaciones políticas que conciben el proceso revolucionario orientado al socialismo, como dividido en dos etapas, una democrático-nacionalista primero y otra socialista después, no tiene más asideros históricos objetivos.

Como hemos visto una y otra vez, el proceso de expansión y de reorganización de las bases del capitalismo en América Latina, de depuración de la estructura de clases y de las bases sociales concretas y de las funciones del Estado, no han cancelado ni pueden cancelar, bajo el reino del capital monopólico, el conjunto de problemas y de tareas emanadas de la persistencia de relaciones de producción de origen precapitalista, de formas oligárquicas de dominación política y de dominación social.

El problema que de allí se desprende no es, sin embargo, que sea necesario primero liquidar todo aquello, como condición para la lucha contra el dominio del capital. Antes como ahora, pero sobre todo ahora, aquello se mantiene por el dominio del capital, en primer término, porque éste es en América Latina ante todo el dominio del capital monopolista internacional.

En consecuencia, la tarea central de la revolución en América Latina es la destrucción del dominio del capital monopolista internacional y de sus bases políticas y sociales, como condición para la erradicación de todas las formas de dominación que aquel mantiene. Esta es, por eso, una tarea al mismo tiempo nacional o antimperialista y anticapitalista. Esto es, socialista.

De eso no se desprende, no obstante, que esa sea la única tarea, es decir, no todo en esta revolución por hacer comprende el socialismo. De lo que se trata aquí es de una combinación y de una superposición entre las necesidades de una revolución democrático-nacionalista y de una revolución socialista, de la liberación nacional y de la liberación de clase. Pero es la iniciación de la última que se coloca como condición de la otra, por obra de las condiciones específicas en que se produjo en nuestros países la dominación del capital bajo la forma de la dominación imperialista.

La fórmula que algunas tendencias revolucionarias utilizan recientemente, de una revolución por etapas pero ininterrumpida, puede ser una formulación lógica pero no me parece que recupere las necesidades reales de la historia. Ambas revoluciones se combinan, sobre la base de la iniciación de la más avanzada. La destrucción del dominio del capital monopolista internacional, no implica automáticamente la destrucción del dominio del capital en general; pero es la condición de la realización de las tareas democrático-nacionales, y a largo plazo, de la destrucción del entero dominio del capital.

Creo que es útil recordar aquí que cuando Lenin en las famosas Tesis de Abril, sostenía que la revolución democrático-burguesa se había agotado y era entonces indispensable enrumbarse en la vía de la revolución socialista, no estaba diciendo que las tareas propias de la revolución democrático-burguesa se habían efectivamente realizado en la Rusia de abril de 1917, cuando la reforma agraria no estaba ni siquiera iniciada. Lo que estaba obviamente diciendo, es que por esa vía, la de la revolución democrático-burguesa, era ya imposible avanzar en la revolución y que para poder cumplir inclusive esas tareas era necesario poner en marcha las tareas iniciales propias de la revolución socialista.

En ese mismo sentido, creo que la experiencia histórica concreta de América Latina, muestra desde hace bastante tiempo, que todos los procesos revolucionarios que se limitaron a las ta-

reas propias del nacionalismo-antioligárquico, no pudieron consolidarse. Y que solamente esas tareas pudieron ser llevadas a cabo plenamente, a través de la iniciación de las tareas propias de la destrucción del dominio del capital, como en Cuba.

Eso implica, naturalmente, la conquista del poder político por los trabajadores, como condición sine qua non. Pero esa conquista del poder político, no puede ser lograda, a su vez, sino a través de una estrategia de lucha despejada de todas las confusiones teóricas procedentes del ciclo anterior.

TEORIA DE CLASE Y CONCIENCIA DE CLASE

Aquí, por eso, se plantea un problema de fondo: el de las relaciones entre la teoría de clase y la conciencia de clase. Pues si la teoría revolucionaria sobre el capital que hoy se desarrolla en América Latina, no llega a ser parte integrante de la conciencia política de los trabajadores, y no solamente de la conciencia de grupos reducidos de intelectuales y profesionales, o de grupos igualmente reducidos de trabajadores, esa teoría no llegará a ser concretamente eficaz para las luchas revolucionarias de las masas de trabajadores.

La conciencia de clase es, por cierto, una conciencia concreta. Como dijo Fernando Claudin en una reunión pasada, "la conciencia de clase es un fenómeno histórico". Es decir, se forma y se transforma en el curso concreto de los cambios en la estructura de relaciones de clase y de las luchas de clase. Pero la historia del capitalismo es, también, la historia de sus desigualdades y de sus combinaciones. En ese sentido, cuando hablamos de la conciencia de clase del proletariado y, por lo tanto, de la madurez política de esa clase, estamos también necesariamente hablando de varios niveles posibles de conciencia de clase, simultáneamente presentes en el mismo horizonte histórico.

Una es, por consecuencia, la conciencia y la madurez política posibles en el proletariado de los centros de desarrollo del capitalismo, y otra posible en el proletariado latinoamericano. Allá, a pesar de que es visible que una parte muy importante del proletariado no ha recuperado aún sus problemas en el más alto nivel político, la propia cultura y la vida cotidiana están generando una nueva subjetividad en el seno de la clase. Aquí, en cambio, no estamos todavía asistiendo en concreto a la maduración del capitalismo en ese límite, que funda la madurez de las posibilidades de una **sociedad** socialista en el seno mismo de su antagonista.

Por eso, cuando hablamos de la conciencia de clase del proletariado latinoamericano, estamos aludiendo a algo muy preciso: la conciencia de cuál es el escenario en que se mueve, de cuáles son las tendencias fundamentales que mueven este esce-

nario, cuáles son sus enemigos concretos, sus formas específicas de acción y de poder, sus límites y sus debilidades, y por lo tanto cuáles son las propias potencialidades del proletariado y por lo tanto sus alternativas concretas.

El hecho de que el proletariado se haya constituido o esté ya en trance de constituirse, como clase objetivamente central dentro del conjunto de los dominados y ya no solamente como virtualidad para el futuro, en la generalidad de los países latinoamericanos; el hecho de que sus relaciones de clase estén depurándose, profundizándose, en todas sus dimensiones; todo ello implica, también, que estamos en presencia de una nueva potencialidad política del proletariado, para convertirse en la clase políticamente hegemónica de manera concreta, en el seno de las masas dominadas, para disputar el poder en la sociedad.

Sin embargo, como nos lo recuerda toda la experiencia histórica, todo eso no es suficiente para que de allí se derive una madura conciencia político-revolucionaria en la clase. El problema a partir de aquí, es tratar de ver con qué dificultades se enfrentan los trabajadores latinoamericanos, para lograr que esta situación objetiva se convierta también en la situación subjetiva de la clase, y eso pase, a su vez, a convertirse en una condición objetiva de la realidad.

En América Latina, con la excepción de dos países, el proletariado no ha logrado aún independizarse plenamente de la influencia de las secreciones ideológicas de origen burgués y pequeño-burgués, y en particular de la herencia de la ideología del populismo nacionalista y antioligárquico. Los dos únicos países donde, a mi juicio, el proletariado ganó la emancipación de su conciencia respecto de la ideología burguesa o de sus intermediarios pequeño-burgueses, son Chile y Bolivia. Eso no impide, por supuesto, reconocer en varios otros países la presencia de importantes núcleos de proletariado que se han desarrollado en la misma dirección.

Para los problemas que estamos considerando, es importante hacer, aunque de paso, algunas reflexiones acerca de las condiciones que permitieron al proletariado de esos dos países tan diferentes entre sí, la emancipación de su conciencia de clase. Debe ser claro para Uds. que en ausencia de investigaciones específicas, sólo podemos apuntar aquí algunas hipótesis.

En el caso de Chile, me parece que el proletariado, en tanto que una parte significativa de la población trabajadora, apareció en esa magnitud más temprano que en ningún otro país de América Latina, debido a las características de la explotación capitalista del salitre, que iniciada en territorios ajenos desde mediados del siglo pasado, terminó dentro del país chileno.

La explotación salitrera requería desde el comienzo una masa muy grande de trabajadores, tanto por las características

de la dispersa ubicación de ese fertilizante en las inmensas llanuras desérticas, como por las propias características del nivel tecnológico empleado por el capital. Se formó de esa manera una masa proletarizada numerosa y relativamente segregada del contacto cotidiano con el resto de la población, sometida a una forma particularmente dura de explotación, primero bajo capitalistas nacionales chilenos y posteriormente bajo el capital inglés.

Las luchas proletariadas se iniciaron, por eso mismo, en Chile antes que en los demás países, dando paso al surgimiento de un movimiento de organización sindical y política que, inclusive, tendió desde sus inicios hacia una orientación socializante antes de la revolución rusa de 1917. Y después de ésta, sus repercusiones políticas en América Latina, encontraron ya a ese proletariado chileno en condiciones de hacer el tránsito efectivo a una orientación socialista definida; de todo lo cual emergieron los más importantes partidos de la clase obrera que hayan existido hasta aquí en América Latina. Nada de lo que sucedió en ese país hasta hoy día, ha sido desde entonces ajeno a esta presencia organizada del proletariado, desde la ampliación y la profundización de las formas propias de la democracia burguesa, hasta la reciente disputa por el poder y la entronización de un fascismo militarista.

En Bolivia, el proceso se dio de modo muy diferente en su conjunto, pero también sobre la base de algunas importantes similitudes. Cuando se produce en gran escala la explotación del estaño, los capitales surgidos en esa explotación se integrarán en la masa global del capital monopolista internacional, a despecho del origen boliviano de los dueños de ese capital. La inexistencia de otros sectores de producción, en los cuales el capitalismo tuviera algún desarrollo significativo, hizo que ese capital monopolista que controlaba las minas, se aliara políticamente con los terratenientes señoriales y comerciantes, para controlar el poder del Estado. Es decir, aparte del reducido núcleo de burguesía monopolista dueña de las minas, en Bolivia no era posible encontrar existiendo como clase, hasta hace no mucho tiempo, una burguesía interna capaz de intentar y de lograr el dominio ideológico sobre el proletariado minero, enfrentado en una relación de explotación sin atenuantes de género alguno, al capital imperialista y, además, como en el caso chileno, en una situación de relativa segregación del contacto cotidiano respecto del resto de la sociedad.

Eso permitió que los reducidos núcleos de sectores sociales medios, que después de la Guerra del Chaco fueron orientándose hacia posiciones nacionalistas y antioligárquicas radicales, no pudieran tampoco lograr en la misma medida que en otros países, una influencia totalmente dominante sobre ese proletariado minero, mientras que los núcleos intelectuales de orientación de-

finidamente socialista pudieron, en cambio, contribuir a la educación socialista de ese proletariado, precisamente sobre la base de la especial situación de clase de esos trabajadores. Desde entonces éstos se fueron desarrollando como una de las más avanzadas fracciones del proletariado latinoamericano, a pesar de que la brutalidad represiva desatada permanentemente sobre ellos, traba aún, por medio de sucesivas masacres de sus cuadros de vanguardia la consolidación de organizaciones políticas acordes con el grado de desarrollo de la conciencia política de esos trabajadores.

La profundidad de los logros de la revolución popular del 52, fue ante todo el resultado de la acción política de ese proletariado, y a pesar de su reciente derrota, esa clase junto con la de Chile, son las que han protagonizado los dos únicos procesos hasta aquí en América Latina, de disputa abierta por el poder con orientación explícitamente socialista, bajo el comando concreto del proletariado.

Estos dos casos ilustran, en mi opinión, un hecho significativo. El proletariado pudo emancipar su conciencia política, por la ausencia de capas burguesas y pequeño-burguesas, con la capacidad de determinar los límites del desarrollo ideológico de los trabajadores, en el caso boliviano; o, porque el proletariado se desarrolló como clase, en una situación relativamente aislada al comienzo, respecto de las posibilidades de influencia directa de la burguesía y de las capas medias, en Chile.

En cambio en todos los otros países, los núcleos centrales del proletariado estuvieron desde la partida, colocados en una situación que permitía la influencia de ideologías de origen burgués o pequeño-burgués. Y en todos esos países, esa herencia pesa aún de manera importante como una de las dificultades principales para la emancipación política del proletariado.

Como consecuencia, los movimientos populares más importantes en todos estos países, se desarrollaron bajo el comando ideológico y político de sectores medios y de fracciones de la propia burguesía en conflicto con la burguesía imperialista.

Actualmente, sin embargo, el proceso de expansión del capitalismo y de depuración relativa de las relaciones de clases, lleva al deterioro incesante de las bases del predominio ideológico de los sectores medios sobre el proletariado. A pesar de que en este proceso, esas capas medias se han expandido y se expanden cada vez más, los intereses concretos de estas capas han ido acomodándose a la nueva configuración de la matriz productiva y social, asimilándose como intermediadores burocráticos de la explotación del capital sobre el trabajo y desembocando su orientación nacionalista en el sostenimiento de las actuales tendencias hacia el Capitalismo de Estado, dentro de cuyo desarro-

llo pueden encontrar ahora un papel decisivo y una ampliación de sus oportunidades políticas.

Como consecuencia, esas capas medias de creciente carácter tecnoburocrático, han venido perdiendo interés y capacidad para liderar movimientos populares en contra de las formas concretas de dominación, y buscando en cambio mantener su predominio político sobre los trabajadores para una finalidad opuesta: subordinarlos a ideologías de conciliación de clase, integrarlos políticamente a las necesidades e intereses de la asociación entre capital estatal y capital monopolista internacional, a la acción propia del capital estatal y a las formas de dominio político corporativo que aquel requiere sobre las masas.

Todo eso significa para el proletariado y para los militantes revolucionarios, la necesidad de erradicar y destruir la influencia ideológica y política de esas capas medias, intermediadoras de los intereses de la burguesía. Y esa tarea no puede ser cumplida sin la destrucción de las bases teóricas de crítica y de interpretación de la sociedad en América Latina, que proceden del campo burgués (grande o pequeño). Porque si bien se puede observar en varios países de América Latina, un continuado e irreversible debilitamiento del control político concreto de esas capas medias sobre los trabajadores y sus organizaciones sindicales y políticas, se puede también observar que la presencia de sus construcciones ideológicas previas, el nacionalismo antioligárquico, sigue aún muy extendida en el seno de las masas trabajadoras.

La emancipación de la conciencia del proletariado, sólo puede ganarse en lucha total contra la herencia de las ideologías de tipo populista y contra la imposición del dominio corporativista que, apoyado aún en esa ideología, amenaza ahora con impedir el desarrollo de la autonomía de las organizaciones de clase de los trabajadores, y oscurecer aún más su conciencia.

El militarismo fascista que aparece ahora como una de las formas de la dominación burguesa, es ideológicamente un problema diferente. Hoy los trabajadores lo conocen y lo visualizan como un enemigo frontal. Sus secreciones ideológicas sólo podrían aún afectar a algunas de las políticamente más atrasadas capas de trabajadores, y no por mucho tiempo dadas las condiciones materiales concretas a que esas masas son sometidas. El corporativismo no fascista en cambio, es un fenómeno más complejo. Se funda en reformas parciales, en una ideología de conciliación de clase, en la herencia populista, tanto desde el punto de vista ideológico, como en el uso del arsenal de técnicas de manipulación política, y se apoya, además, en la simpatía de las corrientes de reformismo obrero burocrático.

Denomino como reformismo obrero-burocrático, a una tendencia hoy bastante extendida dentro del movimiento político de los

trabajadores, que junto con proclamar explícitamente el socialismo como su meta, funda su acción política concreta en un tipo de razonamiento en que se hibridan, de un lado, la versión burocrática del marxismo y, del otro, formulaciones más o menos radicalizadas —por ser fraseadas en marxismo— de esquemas de análisis social que provienen en gran parte del arsenal ideológico de las capas medias democrático-nacionalistas.

Dependiendo de su grado real de vinculación orgánica con las masas trabajadoras, muy diferente entre los países de América Latina, esta tendencia varía también en su grado de radicalidad y coherencia. En determinados países de reciente industrialización, las organizaciones políticas que contienen esta tendencia han sido generalmente mucho más reformistas y burocráticas que las de otros países, en donde su arraigo en las masas significó siempre un correctivo persistente a una línea igualmente de reformismo obrero-burocrático.

Debido a la hibridez de sus bases teóricas y a su vinculación estrecha a la orientación de las necesidades políticas internacionales de los países de Europa del Este, especialmente en los países marcados por la presencia de fuertes corrientes políticas de conducción e ideología pequeño-burguesa, el reformismo obrero-burocrático ha tratado y aún trata de ordenar su acción política en función de alianzas con sectores medios o burgueses “progresistas” y en subordinación a ellos, sin intentar siquiera la formulación de las alternativas propias de los trabajadores.

Más que en ninguna otra, y sobre todo por más tiempo, es en esta corriente política en donde se encarnan y enraízan hasta hoy día, los presupuestos teóricos provenientes, al mismo tiempo, de la versión radical de los movimientos populistas de los años treinta y algunas de las hipótesis marxistas ligadas específicamente a las condiciones históricas del ciclo pasado del capital y de la dominación imperialista y que se verifican ahora y se convierten en manos de esa corriente, en un puente entre ella y los grupos tecnoburocráticos y burgueses que encabezan el proceso de reajuste de la dominación del capital.

En ese particular sentido, la lucha contra las bases de la influencia ideológica del populismo en el proletariado, no puede llevarse a cabo plenamente sino también luchando por la erradicación de la influencia del reformismo obrero-burocrático. Porque si bien, considerado en general, éste es un paso adelante en la conciencia proletaria respecto del populismo, es también cierto actualmente que éste se prolonga todavía en la influencia del reformismo obrero-burocrático.

Y, desde luego, las bases teóricas del reformismo en los movimientos populares de América Latina, no pueden ser combatidas y erradicadas, sino también a través de la lucha contra la influencia del reformismo obrero-burocrático.

El problema de la emancipación de la conciencia política del proletariado, en América Latina, requiere ser pues planteado como una lucha simultánea en tres frentes: contra la herencia ideológica del populismo antioligárquico, contra los intentos de control corporativista de los trabajadores bajo el Capitalismo de Estado y su ideología de conciliación de clases, y contra la influencia del reformismo obrero-burocrático.

Aquí, sin embargo, es indispensable establecer una distinción necesaria. Cada cual a su manera y en su momento, tramándose hoy día parcialmente, el populismo y el corporativismo, provienen totalmente de las secreciones ideológicas de la clase enemiga del proletariado, y sus representantes y portavoces en el seno de los movimientos de los trabajadores son agentes del enemigo. Deben ser, pues, enfrentados sin cuartel.

El reformismo obrero-burocrático, en cambio, no sólo no es totalmente originado en las secreciones ideológicas burguesas, sino que sobre todo proviene y se desarrolla desde el interior mismo del proletariado, aunque recogiendo elementos ideológicos de origen pequeño-burgués o burocrático. Representa un paso atrasado en el desarrollo de la conciencia política de los trabajadores, y en determinadas condiciones las organizaciones que lo expresan, pueden aparecer como aliados de determinadas fracciones del enemigo de clase y en función de las alternativas de ellas. Pero, por su propia naturaleza y por su origen, por su pertenencia al proletariado, el reformismo obrero-burocrático no puede ser tratado como el enemigo de clase, sino como un fenómeno de desviación contradictoria en el desarrollo político de la clase. La lucha contra él, implica pues en concreto modalidades y problemas diferentes que en el caso de los anteriores. Depende, en lo fundamental, de las condiciones específicas en que se desarrolla la lucha política del proletariado y de las conductas específicas de las organizaciones portadoras del reformismo obrero-burocrático.

LA FORMACION DE UN NUEVO MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

Desde los años veinte de este siglo, en América Latina se desarrollaron movimientos populares que, con grados diversos de radicalidad, estuvieron bajo la conducción ideológica y programática de capas sociales medias.

Hemos visto que las bases estructurales de este tipo de movimientos políticos, están agotándose. Eso no significa, sin embargo, que se hayan cancelado totalmente, ni que la influencia ideológica y la presencia orgánica de tales movimientos hayan sido liquidados. Aunque en países como Bolivia y Chile, en los últimos años el proletariado pasó claramente a encabezar la mo-

vilización popular, en los restantes países sólo muy dificultosamente van abriéndose las posibilidades de un desplazamiento efectivo de la hegemonía política dentro del movimiento popular.

Es claro también, no obstante, que dentro de nuestro esquema de análisis, solamente a través del desarrollo de movimientos populares ideológica y programáticamente conducidos por el proletariado, puede viabilizarse realmente la perspectiva de la revolución latinoamericana, porque es igualmente claro que las bases para ese desarrollo están ya madurando en el proceso de cambios que estamos registrando.

Se trata, pues, de la formación de un nuevo movimiento popular que para desarrollarse en una dirección real y consecuentemente revolucionaria, requiere estar centrada en la hegemonía política del proletariado. Pero, a su turno, para que eso pueda ocurrir, es también indispensable que el proletariado se constituya como una clase revolucionaria, de manera concreta.

Acabamos de ver cómo, para que el proletariado se constituya efectivamente como una clase revolucionaria, la emancipación de la conciencia política de esta clase es una de las condiciones necesarias, y que para ello es indispensable la lucha por la erradicación de los restos de la influencia ideológica de las capas sociales medias, del reformismo obrero-burocrático y contra los intentos o las cristalizaciones de un sistema de dominación política burguesa con rasgos corporativistas.

Esa lucha no puede —para constituir la base del desarrollo revolucionario de la clase— realizarse solamente como desmontaje crítico y destrucción teórica de los fundamentos ideológicos, intereses y perspectivas de acción política concreta de aquellas tendencias, ni solamente tratando de llevar a la conciencia de la clase los nuevos factores en que se fundan ahora sus potencialidades políticas propias. Todo ello es indispensable, pero no es suficiente.

Hasta que no se haya desarrollado la capacidad de la clase para ordenar programáticamente sus alternativas de acción, tanto para la lucha por el poder como para sus realizaciones posteriores, la presencia de la influencia política de sus enemigos o de las tendencias reformistas surgidas de su propio seno, condicionará y limitará el proceso de autonomización política de los trabajadores. En este sentido, es obligado decir que actualmente, en la mayor parte de nuestros países, no hemos todavía sobrepasado realmente la etapa de la crítica de las alternativas burguesas, pequeño-burguesas u obreras reformistas. Más todavía, que determinadas corrientes revolucionarias que luchan en el seno de movimientos populares bajo conducción burguesa respaldada por capas de burocracia sindical reformista, traducen hoy día como “realismo político” su “apoyo crítico” a esa conducción, sobre la base de esa deficiencia.

Dentro de la brevedad del tiempo, aquí quiero apuntar de paso solamente dos cuestiones sobre este problema. Primero, algo que quizás por obvio se nos pasa con frecuencia de largo. Yo he visto muchos programas en América Latina, todos hemos visto muchos programas, más o menos interesantes. Pero programa es un concepto científico-político. Y para los marxistas, traduce la base científica del socialismo. Es, por lo tanto, un problema de investigación de la realidad. Implica sacar a luz los problemas, explorar las alternativas de su solución y ordenarlas en un programa de acción. Es, pues, la debilidad de nuestra capacidad de investigación revolucionaria de nuestra realidad, lo que está detrás de la dificultad del proletariado del ordenar programáticamente sus propias alternativas políticas.

En segundo lugar, cuando hablamos de la conducción política del proletariado en un nuevo movimiento popular, que por esa razón central es un movimiento popular revolucionario, aludimos por supuesto a una alianza política de clases dominadas que se orienta por el programa del proletariado. Quiere decir esto, que se trata de un programa que no se refiere solamente a los problemas propios del proletariado, sino también a los de las clases o capas sociales aliadas a él, pero con la particularidad de que las alternativas de solución de los problemas de estas clases o capas sociales, son planteadas en función de los intereses de clase del proletariado, en el largo plazo.

Creo que aquí reside la esencial diferencia entre los movimientos populares conducidos por capas sociales medias y los que son dirigidos por el proletariado. Mientras que en el primer caso se trata de un programa policlasista, en que se articulan soluciones para los intereses del corto plazo de las clases dominadas, en el segundo caso se trata de que los problemas de las clases dominadas puedan enfrentarse a través de alternativas que se vinculen a las necesidades de desarrollo y profundización del proceso revolucionario en una dirección socialista, aunque las formulaciones y procedimientos concretos puedan depender de la correlación de fuerzas políticas de cada momento en cada país determinado.

Además, sobre esta cuestión, me parece todavía conveniente insistir en que —tal como lo he señalado reiteradamente en las reuniones pasadas— el propio concepto de proletariado requiere ser rigurosamente alejado de toda connotación metafísica. Las profundas desigualdades y combinaciones del desarrollo capitalista en América Latina, por la desigualdad de la expansión del capital en cada una de los sectores productivos, y por la superposición de diversas modalidades de acumulación en cada uno de ellos, han originado una no menos profunda heterogeneidad en la composición estructural del proletariado, y por eso entre los intereses específicos de sus varias fracciones.

La integración política del proletariado, desde el punto de vista de sus alternativas programáticas, implica por eso mismo la necesidad de investigar y establecer de manera concreta, en cada momento concreto, cómo pueden ser articulados esos varios intereses específicos con los intereses generales de la clase.

Por lo general, tanto en el terreno sindical, como en el terreno político, las organizaciones del proletariado radican principalmente en las capas y fracciones más concentradas, de mayores ingresos, de mayor nivel de educación tanto escolar como informal, y tienden por eso mismo a orientarse sobre todo en función de los intereses de estos grupos de la clase y no siempre en sus potencialidades de desarrollo ideológico-político. Algunas de las recientes experiencias revolucionarias, como la chilena, han mostrado la dificultad de encontrar formas de articular tanto orgánica como programáticamente, a esas capas del proletariado con las que corresponden a los otros niveles y modalidades del capital y del proceso de proletarización de los trabajadores.

Desde este punto de vista, es en el seno mismo de ese proletariado concreto, con todas sus diferenciaciones internas de interés específico, que se plantea también el problema de la alianza política, a veces y para determinados países, en un nivel acaso tan decisivo como respecto de las alianzas entre el conjunto del proletariado y las otras clases y capas sociales dominadas. Y ese problema tiene que ser, también, expresado en el propio programa del proletariado.

Finalmente, todos sabemos que la constitución del proletariado como una clase efectivamente revolucionaria, no puede desarrollarse ni consolidarse sino a través del desarrollo de su capacidad de organización y movilización política independiente. Y que hay una dialéctica permanente entre ello y el proceso de emancipación de su conciencia política y de desarrollo de la capacidad política concreta de la clase. Es decir, que así como la organización política de la clase se desarrolla en relación a las líneas estratégicas de sus alternativas políticas y a sus programas concretos de acción, éstos dependen igualmente del fortalecimiento de la organización de la clase.

Para no prolongar en exceso esta exposición, quisiera terminarla haciendo sólo unas pocas y breves consideraciones sobre este problema de la organización política.

En primer término, como lo dejé antes señalado, me parece que actualmente en América Latina puede observarse el hecho de que no hemos logrado aún una articulación sistemática, entre nuestros esfuerzos por la organización política de la clase y los vinculados al desarrollo de la teoría y los programas revolucionarios de ella. Y, a mi juicio, a ello se debe que la organización política del proletariado parece ser pensada mucho más en términos de **modelos** que de **programas** de organización.

Probablemente coincidiríamos, en abstracto, en que las formas de desarrollo de la organización política de los trabajadores surgen, en cada caso, desde el interior de las determinaciones objetivas concretas de una realidad específica, de la historia de las luchas de clase propias de cada contexto, enriquecidas por la experiencia y las enseñanzas del movimiento revolucionario en el resto del mundo.

Eso, desde luego, implica que los trabajadores de una sociedad concreta, históricamente determinada, no se organizan, para cumplir las tareas de una revolución en general, sino para enfrentar, de las maneras que la investigación y la experiencia constante revelan como las más eficaces, los problemas y las tareas revolucionarias específicas de una situación histórica específica.

Sin embargo, se puede tener la impresión de que en la etapa actual de nuestras luchas, una parte aún mayoritaria de las corrientes revolucionarias están mucho más dispuestas a ensayar la adaptación de modelos de organización y de acción que ganaron prestigio por su experiencia exitosa en procesos revolucionarios triunfantes en otros contextos históricos muy diferentes. El problema es, no obstante, que esos modelos de organización política exitosos, fueron en todos los casos el resultado de un trabajo político ordenado teórica y prácticamente, desde el interior mismo de las necesidades y características específicas de la lucha de clases de las respectivas sociedades. O no fue esa la base del surgimiento del tipo de organización bolchevique, a diferencia del de los partidos social-demócratas de Europa Occidental en el mismo período? O la combinación de partido y ejército popular revolucionario, que conquistó a China para la revolución socialista?

Hoy en América Latina, la izquierda revolucionaria aparece dividida sobre este problema, siguiendo más o menos los siguientes modelos de organización: el modelo bolchevique, que aquí resulta no tanto de la historia real del partido bolchevique en Rusia durante el período revolucionario, sino mucho más de la versión burocrática del modelo y de su historia; el modelo maoista de combinación de partido y ejército popular revolucionario; el modelo "foquista" derivado de la experiencia cubana; el más reciente, que en parte se deriva del anterior, y que se suele denominar como modelo de organización político-militar, en diversas variantes, que trasladan la acción guerrillera del escenario rural al urbano. Y hasta hace no mucho tiempo, alguna tendencia política suramericana preconizaba un modelo de organización política basada en los sindicatos, buscando generalizar la experiencia argentina de un momento, en que el movimiento peronista se expresaba principalmente en los sindicatos,

sin que en ningún otro país fuera posible observar ninguna situación equivalente.

Esta situación da cuenta de nuestras dificultades y al mismo tiempo de nuestras búsquedas. Particularmente después de la revolución cubana, la experiencia de organización, de movilización, de acción, se ha enriquecido enormemente en nuestros países. Y la entrada creciente de las masas en la escena política, sin duda está desarrollando en todas partes, formas y mecanismos de organización que surgen de la propia experiencia cotidiana de las luchas de estas masas.

Creo, por eso, que los problemas de organización política no pueden ser tampoco ajenos a la investigación sistemática, que permita desde dentro de nuestra propia experiencia actual y anterior, enriquecer la teoría actual de organización revolucionaria, y ordenar nuestras tareas concretas en un programa concreto de organización, apto para recoger y asimilar la experiencia revolucionaria, exitosa o frustránea, de otros contextos históricos.

En esta perspectiva, las enseñanzas de Lenin y Mao tienen que ser recuperadas no solamente, y quizás no tanto, en términos de sus fórmulas específicas elaboradas para su propia circunstancia y su propia lucha, sino ante todo en términos de su metodología que, básicamente, consiste en investigar la realidad concreta y partir de ella.

BREVE EVALUACION DE LA PARTICIPACION DEL ECUADOR EN EL GRUPO ANDINO

José Moncada (*)

1.—*Los aspectos comerciales*

Ha resultado verdaderamente difícil tratar de cuantificar el crecimiento del producto y la producción alcanzado en el Ecuador como resultado de la participación del país en el proceso de integración andina. Para compensar en cierta forma esta omisión se ha tratado de evaluar tales resultados a través del incremento del comercio exterior del país y de la expansión de su sector industrial.

En el período 1964-67, es decir, antes de que se formara el Pacto Andino, las exportaciones ecuatorianas al área subregional apenas se incrementaron en un 0.3 por ciento anual, en cambio, en el período 1968-1972 lo hicieron a una tasa promedio de alrededor del 21.0 por ciento.

Hay que anotar, sin embargo, que el incremento sustancial de las exportaciones ecuatorianas al área andina, no empieza a partir de 1968, sino más bien en 1971, como consecuencia de que en este año se abren para el Ecuador los mercados de Colombia, Chile y Perú a través de las concesiones de la nómina de apertura inmediata y la consiguiente eliminación de los gravámenes y restricciones arancelarias a los productos ecuatorianos. En el trienio 1970-1972, las exportaciones de productos de esta nómina crecieron en volumen, en un 114.1 por ciento y en valor en un 206.3, esto se debió básicamente a que el Ecuador pudo vender nuevos productos, sobre todo a partir de 1971, tales como: quesos, salchichones, salame, chocolates en cualquiera de sus formas, etc., y también al incremento de las ventas principalmente de madera contrachapada, artículos domésticos, cocinas, refrigeradoras eléctricas, cierres de cremallera, etc.

Sin embargo de este notable incremento de los productos de la nómina de apertura inmediata, su participación en el total del valor de las

(*) Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central.

exportaciones del Ecuador en el marco de la Subregión Andina representan en el período 1969-1972 apenas el 10.8 por ciento en promedio anual, en tanto que las exportaciones de banano, café y cacao, que se hallan en la lista común, representaron el 51.4 por ciento. Esto hace ver claramente que el país, en el tiempo transcurrido de vigencia del Acuerdo de Cartagena, no ha podido superar su estructura productiva primaria encaminada hacia el sector externo.

La anterior apreciación puede ser confirmada si se observa asimismo la forma cómo han evolucionado las exportaciones de productos industrializados que en el período 1969-1972 representaron el 28.6 por ciento del total, sobresaliendo las ventas al exterior de medicamentos a Bolivia y Colombia; conservas de pescado tipo sardina a Colombia; y, cacao en polvo sin azúcar a Chile; las exportaciones no industrializadas representaron alrededor de 71.44 por ciento y, de este porcentaje, el 72.0 por ciento están representados por tres productos; banano que se exportó principalmente a Chile; otros productos de menos importancia son camarones a Bolivia, desperdicios de papel y cartón a Colombia, piñas a Chile y ganado vacuno al Perú. En tanto que las importaciones de productos industriales representan para el mismo período el 67 por ciento y los no industrializados el 33 por ciento.

Como se observa, el Ecuador está exportando productos primarios que poseyendo un mínimo de valor agregado y elasticidades ingreso y precio relativamente bajas colocan al país en una situación de desventaja frente a los demás que conforman la Subregión Andina que exportan en un alto porcentaje productos que por ser industrializados están en mejor situación en lo que a términos de intercambio se refiere.

En materia de saldos del balance comercial ecuatoriano, se puede apreciar que en los cuatro años que van de 1969 a 1972 tres han dejado saldos deficitarios, siendo el más alto el de 1971 con 16.9 millones de dólares, como se observa a continuación.

COMERCIO DEL ECUADOR CON LOS PAISES DEL GRUPO ANDINO 1969-1972

(Millones de dólares)

Años	Exportaciones	Importaciones	Saldos
1969	11.4	13.5	— 2.1
1970	14.6	21.3	— 6.7
1971	19.1	36.0	—16.9
1972	30.2	25.9	+ 4.3

2.—Ocupación y nuevas inversiones

De los productos asignados para ser elaborados por el Ecuador, se han podido producir internamente tres de ellos: uno que pertenece a la Decisión 28 y que se refiere a las válvulas para neumáticos y dos de la

Decisión 57 que corresponden al Primer Programa Sectorial de Desarrollo Industrial del sector metalmecánico: brocas helicoidales y relojería. Para producir estos tipos de bienes se invertirán alrededor de 123.5 millones de sucres y se espera dar ocupación aproximadamente a 240 personas, incluyendo en ellas tanto a personal técnico, administrativo y no calificado.

Entre otros proyectos de la Decisión 28, que se reservan para ser producidos en el Ecuador, se tienen: sorbitol, butóxido de piperonilo, ácido salicílico, reverberos y linternas, unidades selladas de potencial igual o superior a $\frac{1}{2}$ H.P., máquinas y aparatos de gas para soldar y cortar, herramientas electromecánicas de uso manual (con motor incorporado), relojes despertadores de mesa y de pared. Para producir estos productos, en los primeros años, se requerirá de una inversión aproximada de 230 millones de sucres, generándose una ocupación de alrededor de 430 personas. Estos proyectos tienen un plazo para su puesta en marcha que fluctúa entre los 4 a 6 años a partir del 1º de enero de 1971, es decir hasta 1975 y 1977 (*)

Admitiendo que el Ecuador llegara a cumplir únicamente con estos programas hasta 1977, se daría en el país una inversión industrial de 353,5 millones de sucres y se abrirían unos 670 nuevos empleos en el sector fabril del país. Estas cifras comparadas con las metas de inversión y de empleo que en el sector asimismo fabril prevé el Plan Integral de Transformación y Desarrollo para el quinquenio 1973-1977, representan menos del 5 por ciento de la ocupación programada para dicho sector, en tanto que la participación en la inversión es de alrededor del 2.5 por ciento.

Ciertamente que la industria fabril, por otro lado, no es precisamente un sector capaz de, en forma directa, absorber abundante mano de obra. Su contribución en este sentido es más bien indirecta; sin embargo, conviene reconocer que, los tipos de bienes cuya producción de alguna manera se han asignado al país, necesitarán de una alta proporción de insumos importados, circunstancia que sumada al trasplante de tecnología foránea y al escaso desarrollo de sectores tales como el naviero y de transportes nacionales en general, los seguros, la comercialización, etc., va a determinar que las industrias que se instalen funcionen en forma un tanto distanciada del resto de la economía nacional y consiguientemente, que no sean lo suficientemente idóneas para retener en el propio país los efectos ocupacionales indirectos que generan las inversiones.

Estas últimas apreciaciones adquieren confirmación al analizar, en

(*) Los costos sobre inversiones son a precios de 1972 y fueron obtenidos en la Junta de Planificación; sin embargo, una información proporcionada por el Ministerio de Industrias, Comercio e Integración, a diciembre de 1974, contiene que la inversión necesaria para poner en marcha los siguientes proyectos sería de 292.5 millones de sucres (butóxido de piperonito, ácido salicílico, reverberos y lámparas para soldar, máquinas y aparatos de gas para soldar y cortar, y válvulas para neumáticos).

base a un esquema de insumo-producto muy agregado y para el año de 1963, los efectos ocupacionales indirectos que se generarían en todos los sectores de la economía nacional, como resultado de la instalación de las plantas industriales asignadas al Ecuador y la consiguiente demanda generada por el incremento del ingreso que implicarán tales instalaciones.

El empleo indirecto a que daría lugar la ocupación directa resultado de la instalación en el país de los proyectos industriales asignados al Ecuador por las Decisiones 28 y 57 sería de unas 940 personas, de las cuales unas 420 se ocuparían en los sectores primarios (agricultura, ganadería y minería), unas 130 personas en los sectores secundarios (industria manufacturera y construcción) y le resto, 390 personas, en el sector de los servicios; según los cálculos preliminares y que a título de ensayo muestra el cuadro siguiente:

**ECUADOR: EFECTOS OCUPACIONALES DIRECTOS E INDIRECTOS
RESULTANTES DE LA CREACION DE UN NUEVO SECTOR
DE TRABAJO EN CADA SECTOR**

Sectores	Ocupación directa	Ocupación indirecta	Total (Multiplificador)	Ocupación indirecta			% Total
				Primario	Secundario	Servicios	
Primario ₁	1	0.2	1.2	27	7	66	100
Secundario ₂	1	1.4	2.4	45	14	41	100
Servicios ₃	1	0.2	1.2	23	28	49	100

¹ Agricultura, ganadería y minería

² Industria manufacturera y construcción

³ Electricidad, transportes, comercio, otros servicios.

Naturalmente que una presentación tan simplificada como la que se acaba de formular, supone reconocer que habrá una capacidad adecuada de inversión en la economía nacional, así como disponibilidades de divisas para realizar las importaciones de equipos y de materias primas involucradas, es decir, que habrá la indispensable agilidad de oferta de cada sector frente a los estímulos de la demanda; caso contrario, la materialización de los efectos ocupacionales indirectos sería solamente virtual.

Por otro lado, es indispensable llamar la atención respecto a que en la estimación general de los impactos que la integración andina provocará en favor de la ocupación de la mano de obra en el Ecuador, no se han tenido en cuenta las posibilidades de empleo que se habrían creado y que se crearán en el país como resultado de la ampliación en el uso de la capacidad de producción instalada a que den lugar las exportaciones generadas con motivo de la aplicación del programa de liberación comercial del Acuerdo de Cartagena. En ciertos casos, tales posibilidades habrían sido y podrán ser de apreciable significación.

Corresponde, asimismo, destacar en favor de los proyectos asignados al Ecuador, que si bien su instalación y funcionamiento no tendrían, al me-

nos a corto plazo, efectos directos ni indirectos de trascendental importancia en favor de las metas ocupacionales previstas en el Plan Quinquenal 1973-1977; su puesta en marcha va evidentemente a mejorar la complementariedad interactividades y, por esta vía, contribuir a incrementar las posibilidades de ocupación indirecta a más largo plazo.

Así pues, manteniendo estas reservas, se puede concluir que la suma de las oportunidades de ocupación directa e indirecta a que daría lugar la instalación de los proyectos industriales asignados al Ecuador en el marco del Acuerdo de Cartagena, representarían una participación inferior al 4 por ciento frente a la meta de ocupación total prevista en el Plan Quinquenal de Desarrollo.

Esto significa, por tanto, que de una primera y muy simple comparación, que sólo recoge alguna de las manifestaciones más visibles del impacto del proceso de integración en el sistema económico ecuatoriano, se puede desprender que el Grupo Andino aún no ha contribuido en forma determinante a satisfacer uno de los propósitos fundamentales que persigue el Ecuador, la ocupación de su mano de obra; siendo indispensable, por lo mismo, actuar intensivamente sobre ciertas áreas para tratar de modificar la orientación y el comportamiento del sector industrial. Una de tales áreas, conforme se anota en el Capítulo V, se refiere a la tecnología, porque a través de su efectivo control y desarrollo regional y nacional será posible no sólo reducir la creciente dependencia tecnológica externa, sino además alcanzar una mejor interrelación sectorial que permita superar los problemas de carácter ocupacional que vive actualmente el país y que tienden a agravarse.

Con el ánimo de ofrecer un cuadro referencial general respecto al significado de la participación del Ecuador en el Acuerdo de Cartagena por la vía de las asignaciones hechas al país a través de las Decisiones 28 y 57 sobre productos que no se producen en ningún país de la subregión y que se reservan para ser producidos en el Ecuador y, sobre Programación Industrial del Sector Metalmecánico, respectivamente, así como las asignaciones constantes en las propuestas relativas al complejo petroquímico y la industria automovilística, a continuación se registra el siguiente cuadro:

Decisiones y propuestas	Inversiones (Millones de US \$.)	Valor Bruto de la producción en 1980 (Millones de US \$.)	Probable ocu- pación de la mano de obra
Decisión 28* (Artículos no producidos)	21.9	23.1	839
Decisión 57 (Metal-mecánicos)	9.0		940
Petroquímica	327.0	428.8	300
Automotriz	102.0	155.0	8.690
TOTAL:	459.9	644.1	10.769

NOTA: * Se trata de una estimación que incluye los siguientes proyectos:

Válvulas para neumáticos, máquinas herramientas, resistencias, relojes, ácido salicílico, pulpa y papeles especiales, aparatos para soldar y cortar, reverberos y lámparas e instrumentos de medida y control. La instalación y producción de algunos de estos proyectos no están determinados específicamente por la Decisión 28.

FUENTE: Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica.

3.—*Proyectos de infraestructura y otros avances*

En el haber del proceso de integración corresponde evidentemente destacar también algunos proyectos de infraestructura, cuya prioridad, sin duda, se ha visto mejorada en razón de la participación del Ecuador en el Acuerdo de Cartagena y, con lo cual, se ha beneficiado a ciertas regiones que precisan de impulsos de verdadera consideración para superar su estado de atraso. Entre tales proyectos cabe mencionar al puente sobre el río Rumichaca entre Ecuador y Colombia, la carretera Panamericana que conecta al Ecuador con Colombia y Perú, los trabajos referentes a intercomunicaciones con Colombia en el sistema UHF con 60 canales, además del sistema vía satélite. Se ha terminado, también, la red de intercomunicación eléctrica entre Colombia y Ecuador y, con el Perú, el 15 de julio de 1974, debió entrar en funcionamiento la red de intercomunicación telefónica en el sistema UHF con 60 canales.

En esta misma línea de acción corresponde mencionar a los estudios que se adelantan en el Perú para el aprovechamiento integral de los recursos de la Cuenca de los Ríos Pindo-Puyango-Tumbes y Catamayo-Chira, así como algunas interconexiones viales para favorecer un amplia intercambio.

Se considera indispensable destacar también que, en los sectores de la educación, la salud y el trabajo, los países del Grupo Andino han celebrado algunos convenios como los denominados "Andrés Bello", "Hipólito Unahue" y "Simón Rodríguez", respectivamente, a través de los cuales se propicia una mayor cooperación y prestación de asistencia técnica en los campos cultural y social.

4.—*Los principales beneficiarios de la integración*

No es frecuente que en la evaluación de un proceso de desarrollo o de integración ni siquiera de los resultados de la ejecución de un proyecto o de la aplicación de un conjunto de medidas de política económica, se avance hacia la identificación de los grupos o personas beneficiarias. Este tipo de consideraciones suele ocultarse bajo la presentación de unos cuantos indicadores globales como la formación del producto interno bruto, el incremento de la formación de capital, la generación neta de divisas, el incremento del empleo y cosas semejantes, algunas de las cuales son también materia de este trabajo.

Parece muy importante reconocer, sin embargo, que en cuanto todo proceso de formulación y sobre todo de ejecución de políticas económi-

cas, tiende a beneficiar a ciertos grupos sociales más que a otros, se torna indispensable analizar las implicaciones que dicho proceso puede generar en el desarrollo nacional y para comprender los cambios que se han dado y se podrán dar en términos de producción, de distribución, de formas y de propiedad de las inversiones, así como de acceso de determinados grupos a las áreas de influencia y del poder económico, social y político del país, con toda la secuela de conflictos que afecta a diversos otros grupos.

Y esto último es particularmente importante destacarlo en el caso ecuatoriano, pues en el país se ha ido creando una amplia conciencia respecto a que, en la medida en que las oportunidades de inversión y de exportación generadas por el proceso de integración, han sido básicamente aprovechadas por los grupos hegemónicos internos, sin duda que sus poderes socio-económicos se han afirmado, creándose evidentes rigideces capaces de entorpecer o condicionar aquellas futuras medidas de política que persigan alcanzar una mejor distribución del ingreso para imprimir de un mayor dinamismo económico e igualitarismo social al funcionamiento del sistema económico ecuatoriano.

Sin embargo de reconocerse que la integración ha beneficiado básicamente a los grupos hegemónicos, parece útil preguntarse, cuáles sectores de los grupos hegemónicos se han visto más directa o sustantivamente beneficiados con el funcionamiento del Grupo Andino. ¿La oligarquía financiera? ¿La "burguesía" industrial? ¿Qué sector de ella? ¿Los representantes del capital extranjero? ¿De qué origen?

Revisando las principales exportaciones de productos industrializados alcanzados por el país como resultado de su adhesión al Grupo Andino, se encuentra que ellas se refieren básicamente a las siguientes partidas arancelarias de la NABALALC y su consiguiente denominación:

- 1303102 Jugos y extractos de piretros
- 1604001 Preparados y conservas de atún
- 1604004 Preparados y conservas de sardinas
- 1604099 Los demás preparados y conservas de pescado
- 1803002 Cacao en masa o en panes más 14% de grasa
- 1804001 Manteca de cacao, incluida grasa y aceite
- 1805001 Cacao en polvo, sin azúcar
- 1806001 Chocolate en cualquier forma
- 1806002 Cacao en polvo azucarado
- 3003999 Medicamentos, medicina o veterinaria
- 4316001 Cajas, sacos, bolsas, etc.
- 4415099 Madera contrachapada
- 6005003 Prendas de vestir exterior, fibras sintéticas o artificiales
- 7336101 Cocinas
- 8415101 Máquinas y aparatos productores de frío de uso doméstico
- 9802101 Cierres de cremallera.

Nos referimos a las exportaciones de productos manufacturados por

cuanto son las que, durante el período de vigencia del Acuerdo de Cartagena, han experimentado altos ritmos de expansión y, además, porque los principales mecanismos del Acuerdo se hicieron precisamente para estimular la expansión de las exportaciones de este tipo de productos, con el ánimo de fundamentar las futuras corrientes comerciales en el intercambio de bienes industrializados.

Por otro lado, las exportaciones ecuatorianas de artículos no industrializados hacia los países del Grupo Andino, se habían venido dando desde mucho antes de la vigencia del Acuerdo de Cartagena y se trata de bienes cuya demanda no se incrementa en la misma proporción que las reducciones en los precios (vía desgravaciones arancelarias) ni de los aumentos de los ingresos de los consumidores. Así pues, en estas circunstancias, nos pareció mucho más pertinente analizar lo que el Grupo Andino ha significado para el Ecuador en términos de nuevas exportaciones de productos manufacturados e instalación de nuevas plantas industriales en nuestro territorio.

Cuando se analizan las empresas fabriles que producen los artículos que se mencionan en el cuadro de la página anterior y los propietarios (nacionales y extranjeros) de dichas empresas, se llega a la conclusión de que se trata de un muy contado número de familias las que más directamente se han venido beneficiando de los frutos de la integración.

Así, sólo dos empresas (en vías de fundirse en una sola) están detrás de la exportación de los jugos y extractos de piretro.

La propiedad de las dos empresas es de un contado número de personas y de una firma inglesa que opera como accionista principal de una de ellas.

Como exportadora principal de medicamentos figura una sola empresa en la cual interviene como importante accionista una firma extranjera (norteamericana).

Las exportaciones de cocinas, máquinas y aparatos productores de frío de uso doméstico (refrigeradoras) corresponden a la producción de sólo dos empresas, una de las cuales es de propiedad, en un 98%, de dos personas, mientras que en la otra interviene, con una importante participación accionaria, una conocida firma holandesa de aparatos eléctricos.¹

La producción exportable de derivados de cacao es generada básicamente por tres empresas cuyo capital es propiedad mayoritaria de seis familias y de una firma suiza.

Las principales exportaciones de preparados y conservas de pescado,

¹ El 19 de enero último se hizo público que durante la tercera semana del mismo mes, se iba a exportar al Perú una remesa de 350 cocinas y 2 hornos a base de Kerex, producidos por la firma "Incogás Petrol" que es una empresa catalogada como pequeña industria que da ocupación a unos 15 obreros.

atún y sardinas, corresponden a tres empresas. La una, de propiedad extranjera y las otras de propiedad de cinco familias.

Las exportaciones de madera contrachapada son producidas (una vez que se cerró una fábrica) básicamente por una sola empresa cuyo capital es de propiedad de una firma extranjera de sólo dos familias.

Las exportaciones de cierres de cremallera, son realizadas por dos empresas de propiedad de dos familias y solamente las exportaciones de prendas de vestir interior, fibras sintéticas o artificiales se generan en una amplia cantidad de pequeños establecimientos industriales y artesanales de propiedad de un buen número de personas.

Intentar una presentación resumida de los propietarios de las empresas beneficiadas con la ejecución de los distintos mecanismos del Acuerdo de Cartagena y, especialmente, tratar de caracterizarlos económica y socio-políticamente en el contexto nacional, resulta una tarea bastante compleja que sólo a título de ensayo puede ser planteado en este trabajo.

La importancia que han ido adquiriendo las exportaciones de productos manufacturados al Grupo Andino y el análisis de los propietarios (personas o empresas nacionales o extranjeras) de las firmas que producen bienes industriales o semi-industrializados así como de las firmas ya instaladas y las otras que se prevén instalar al amparo de las decisiones 28 y 57 del Acuerdo de Cartagena, permiten sostener que los principales beneficiarios del Grupo Andino han sido, en términos generales, los miembros de un grupo que desde hace algún tiempo atrás han venido actuando de una manera más o menos coordinada para generar una riqueza industrial a fin de llegar a dominar una parte importante de la economía nacional para compartir la hegemonía de otros grupos, especialmente de los agroexportadores.

Son los miembros de un grupo que intuyeron el crecimiento del sector industrial-financiero y que no sólo indujeron su expansión, sino que se prepararon para ejercer nuevas funciones. Pero, además, se trata de un grupo que para alcanzar el predominio que actualmente ya es reconocido por el resto de los grupos hegemónicos, especialmente el agroexportador de Guayaquil, se esmeró en conseguir que el Estado desarrollara una política de aliento y protección a la industrialización sustitutiva de importaciones y de estímulo a la penetración del capital extranjero con el cual se asoció y se sigue asociando en la mayor parte de sus actividades.

En realidad, esta política de industrialización sustitutiva a base de fuertes estímulos estatales, de una intensa promoción para que éste se dedique sustantivamente a la ejecución de obras básicas de infraestructura y de atracción notable de la inversión extranjera, había venido desarrollándose desde comienzos de la década de 1950. Gracias a ello se fue consolidando un estrato hegemónico fuertemente asociado al capital extranjero, es decir, un estrato más internacionalizado, más modernizado, capaz de responder en mejor forma a los cambios que en el plano internacional empezaba a vivir el modo de producción capitalista.

Son básicamente los miembros de este grupo, que gradual pero firmemente ha ido influyendo notablemente en las decisiones sobre política

económica los que, asociados con inversionistas extranjeros, principalmente norteamericanos y del "Grupo de la Comunidad Noratlántica para el Desarrollo de América Latina" (ADELA), más se han beneficiado de la integración. El Acuerdo de Cartagena de alguna manera ha contribuido a afirmar la presencia hegemónica de un estrato social que desde hace unos 20 años atrás ha estado pugnando por tener un sitio destacado entre los sectores dominantes.

+ CIENCIA E IDEOLOGIA EN EL PENSAMIENTO SOCIAL

América Bastidas (*)

La ciencia, resultado del proceso de conocimiento que exige una interacción dialéctica entre el pensamiento y la realidad objetiva, se desarrolla en consonancia con las condiciones históricas y sociales en las que se produce.

Las ciencias que se dedican a explorar el desarrollo de la sociedad humana en todas sus facetas, tienen como objeto de estudio al conjunto de las relaciones sociales que se establecen en las diferentes actividades humanas, las mismas que derivan costumbres, hábitos, modos de vida en general, de las cuales el hombre es consciente. Son estas relaciones sociales conscientes las únicas capaces de generar ideas, teorías y concepciones sociales.

Las relaciones sociales que se establecen en la producción de bienes materiales giran alrededor de la propiedad de los medios de producción, lo que explica la división de la sociedad en clases sociales, hecho que determina el carácter del conjunto de relaciones sociales, las cuales no pueden ser homogéneas si responden a una sociedad que materialmente está escindida.

Objetivamente no cabe una sistematización de ideas comunes para toda la sociedad; al contrario, la lucha de clases sociales cobra su más alta expresión en la lucha ideológica.

Este proceso en general cobra concreción en la sociedad capitalista, la misma que en su proceso de desarrollo ha atravesado por diferentes etapas. En un primer momento las relaciones de producción capitalista tuvieron un carácter progresista respecto a las relaciones feudales, lo que determinó que sus concepciones acerca de los fenómenos sociales tengan mayor obje-

(*) Profesora investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central.

tividad y nivel científico; la teoría social respondía pues a los intereses de la clase más avanzada, la burguesía en ascenso. La ciencia social de la época constituyó el nivel más alto de la lucha ideológica entablada entre los señores feudales y la burguesía, verbi gracia el pensamiento económico de Smith y Ricardo en la época del capitalismo de libre competencia. A este nivel de desarrollo social el proletariado no ha alcanzado todavía su madurez como clase, por cuanto las contradicciones se discernían en la lucha económica y el reflejo de la existencia social se inscribía sobre todo a nivel de la psicología social, como primer eslabón de la conciencia social.

En la época imperialista el propio desarrollo de las fuerzas productivas determina que las condiciones de vida material cambien, agudizándose las contradicciones de clase y elevando la conciencia social al punto que el proletariado elabora y desarrolla su propia ideología clasista, estableciéndose históricamente un nuevo nivel de lucha de clases: la lucha ideológica. En este marco histórico ya no es la burguesía la clase que está en capacidad de elaborar teorías sociales que reflejen los intereses progresistas de la sociedad, pues su posición ha devenido conservadora y apologética del orden social basado en la "iniciativa privada".

La inquietud permanente por la búsqueda de la verdad en cuanto reflejo de lo social, tiene la limitación del horizonte del interés de clase. La existencia de clases sociales antagónicas genera ideas sociales antagónicas.

"Las clases sociales de vanguardia y los investigadores progresistas de la vida social, se hallan vitalmente interesados en reflejar la vida con veracidad y honradez, sin falsear la realidad. No necesitan mejorar ni empeorar la historia, sino aceptarla tal cual es. Las teorías sociales que formulan son auténticamente científicas y verdaderamente objetivas". (1) Las teorías de la clase reaccionaria no pueden reflejar objetivamente la vida social, por lo cual ese pensamiento es subjetivo y vulgar. "La burguesía victoriosa considera las relaciones de producción como algo establecido de una vez para siempre, algo incuestionable de lo que no hay que discutir salvo para justificarlas... Por el contrario, el movimiento obrero está profundamente interesado en las relaciones de producción, y por consecuencia, desde el punto de vista de la burguesía, cuanto menos se habla de dichas relaciones, mejor". (2)

(1) Marcos Baskin, "Las ciencias sociales en el siglo XX", Editorial Cartago, Buenos Aires, 1965, p. 31.

(2) Oscar Lange, **Economía Política**, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 262.

Por esta razón la clase dominante está empeñada en demostrar de manera permanente la eternidad del capitalismo. Esta premisa determina que la investigación no adquiera nivel científico por cuanto se detiene en el reflejo puro y simple de la realidad, es decir, no desborda la descripción formal de los fenómenos. Esta limitación de la investigación convencional conduce a tomar el fenómeno en forma abstracta, separado del contexto social históricamente determinado donde se produce.

Esta investigación asume en sus análisis y conclusiones una mera forma ideológica, en tanto es capaz de elaborar teorías y concepciones económico sociales fundamentalmente apologéticas.

La investigación científica conoce fundamentalmente el fenómeno y luego profundiza en la esencia del mismo, busca las relaciones necesarias, causales y permanentes, es decir, establece las leyes objetivas de desarrollo del fenómeno, a la vez que determina las particularidades de su forma concreta de manifestarse debido al carácter contradictorio de todo fenómeno y proceso. Al asumirse este método en la investigación económica se refleja científicamente la realidad, las ideas y teorías se convierten en ciencia social, se da el salto de la forma ideológica a la ciencia.

El problema en la investigación económica se expresa pues en la oposición entre el reflejo puro y simple y el reflejo científico, entre la ideología apologética y la ideología científica o ciencia social.

“Las concepciones científicas son parte integrante de la ideología en cuanto las ideas en ellas comprendidas tienen carácter de ideas sociales, o sea, las ideas sobre cuya base los hombres aprecian directa o indirectamente las relaciones sociales”. (3)

El nivel más alto de la teoría burguesa se ha dado en los países capitalistas desarrollados, situación comprensible por el elevado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. El pensamiento económico de la metrópoli, dada la estructura internacional del capitalismo, se ha convertido también en la matriz ideológica de nuestros países. Por lo tanto, la elaboración del pensamiento económico en los países dependientes ha estado subordinada a la creación teórica metropolitana: el dominio económico se traslada al nivel ideológico. Esto explica por qué el pensamiento económico latinoamericano se ha reducido a copiar las teorizaciones de los países capitalistas más desarrollados, las mismas que han resultado, de hecho, exógenas a nuestra realidad y, por lo mismo, inútiles para explicar nuestros problemas y abrir el camino a la solución de los mismos.

La oposición apología y ciencia social es la forma más ele-

(3) Oscar Lange, *op. cit.*, p. 283.

vada de la lucha ideológica que se está llevando a cabo en América Latina. En este sentido: "La disyuntiva es inescapable para todo investigador latinoamericano en Economía y otras ciencias sociales: una teoría burguesa y una práctica en favor del capitalismo del subdesarrollo, o la teoría y la práctica antagónica. El eclecticismo y las "terceras vías" son tan ilusorias como la pretensión de hacer ciencia económica a partir de las teorías creadas por y para los explotadores, que ignoran, soslayan o niegan las realidades de la explotación, el crecimiento inexorablemente desigual y anárquico y la irracionalidad toda de un régimen socio-económico sujeto al imperio del capital, en el que, además, la explotación, la desigualdad, la anarquía y la irracionalidad se ven multiplicadas por la dominación exterior".

(4)

En consecuencia, quienes hacen ciencia social son comprometidos con la causa de los explotados y con su lucha por una nueva sociedad.

El problema de la investigación económica

El punto de partida de la investigación económica tiene que ser la comprensión del carácter social e histórico de los fenómenos económicos. Y esto es así porque las actividades de la producción y distribución de bienes se dan necesariamente en un contexto social determinado y, además, porque todo cuanto sucede en la esfera económica incide necesariamente en el conjunto de la vida social. El carácter histórico de los fenómenos económicos viene dado por las condiciones concretas y el marco temporal específico en que aquéllos se suscitan.

La fenomenología económico-social es un campo de interacción dialéctica y sólo como medio de profundización en su conocimiento se admite su desmembramiento y compartimentación mediante la abstracción científica. La base que debe guiar a toda exploración en el campo económico es la búsqueda de las relaciones sociales de producción. No debe olvidarse que las categorías económicas son en primer lugar categorías sociales, sustentadas en la forma como los individuos se organizan para la producción y reproducción de un determinado conjunto social.

La investigación en economía exige, pues, un enfoque totalizante, aunque excluyente de variables poco significativas para la explicación de una realidad determinada. El conocimiento y

(4) Fernando Carmona, "La investigación económica debe ser creadora", Problemas del Desarrollo, Revista del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, México, Año V, N° 18, mayo-julio de 1974, p. 99.

comprensión de las categorías y leyes del materialismo histórico y dialéctico es la clave para el análisis de la fenomenología económica.

Para interpretar, por ejemplo, la realidad del subdesarrollo hay que analizarla en toda su compleja red de relaciones estructurales y superestructurales. No se trata únicamente de cuantificar algunas variables de la economía de nuestros países —conforme a la práctica tan corriente en nuestro medio, acertadamente identificada como **desviación cuantofrénica**—, sino determinar la legalidad histórica del atraso de nuestros países y dentro de ésta, la evolución de ciertos fenómenos particularmente importantes.

Las investigaciones orientadas a reconocer la realidad de nuestro continente y nuestro país deben tener como referencia básica la situación mundial. Esta perspectiva posibilita no perder de vista que cuanto acontece en nuestros países es consecuencia de condiciones generales del desarrollo del capitalismo. Esta visión tendrá presente que la acción de las leyes objetivas inherentes al sistema capitalista encuentra su propia expresión en distintas realidades. Se trata, entonces, de buscar "...el movimiento social como un encadenamiento natural de fenómenos históricos, sometido a leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y las intenciones del hombre, sino que además, y por el contrario, determinan su voluntad, su conciencia y sus intenciones..." (5) Es este camino el que nos permite una aproximación científica a la realidad social.

A diferencia de los fenómenos de la naturaleza, los fenómenos sociales no pueden someterse a laboratorio para experimentar y descubrir. A los fenómenos y procesos sociales sólo es posible abordarlos con el conocimiento profundo de las leyes generales del materialismo histórico.

Para comprender y utilizar el método científico y estar en capacidad de abordar objetivamente la realidad social se necesita como requisito esencial el estudio de la Economía Política del Capitalismo, así como desarrollar la capacidad de abstracción científica. Sobre estos dos pilares tiene que sustentarse la investigación económica.

"Para entender los procedimientos de la naturaleza, el físico estudia los fenómenos cuando se presentan en forma más clara, menos velados por influencias perturbadoras, o bien experimenta en condiciones que aseguran en la mayor medida posible

(5) Viéstnik Evropi, Revista publicada en San Petersburgo, mayo, 1822, pp. 427-436, Citado por Carlos Marx, **El Capital**, Libro I, Palabras finales a la Segunda Edición Alemana, Editorial Cartago, Argentina, 1973, p. 30.

la regularidad de su marcha... El análisis de las formas económicas no cuenta con la ayuda del microscopio o de los reactivos que proporciona la química; la abstracción es la única fuerza que puede servirle de instrumento". (6) Sólo se dispone de la capacidad de abstracción para reflejar en la mente los procesos económicos reales, que como proceso de conocimiento no culmina hasta tanto no se produzca la concretización progresiva y la verificación (7), o sea, hasta tanto no se confronte la teoría que se elabora con la práctica y esta a su vez enriquezca o condene la teoría. Este proceso del conocimiento no es fácil, puesto que "la abstracción científica en economía política se apoya sobre la **observación comparativa** del proceso estudiado y sobre su **análisis**, que consiste en diferenciar —aislar en la mente, como a veces se dice— los elementos secundarios o fortuitos. (8) Llegar a comprender el método de investigación en su verdadera dimensión nos permitirá diferenciar la economía política, de la historia económica y esta de la economía descriptiva, que a su vez difiere de la estadística económica y de la geografía económica, tomando en cuenta que como ciencias están íntimamente vinculadas, haciendo en conjunto la ciencia económica. La economía política —esencialmente teórica— que estudia las leyes económicas, no abarca toda la riqueza que se da en cada proceso histórico determinado y por razones prácticas corresponde a la economía aplicada o especializada abarcar dominios o aspectos del proceso económico, en lo que se vincula íntimamente tanto la economía política como la economía descriptiva.

Obviamente, explorar la realidad con rigurosidad científica supone recordar a cada instante que vivimos una sociedad clasista y, por lo tanto, injusta, y que el desarrollo de la misma implica la evidencia del cambio. En otras palabras, la investigación económica científica implica el reconocimiento de las leyes objetivas que actúan en el proceso social y que se cumplen independientemente de la voluntad de los hombres, sin que esto suponga que la acción política deliberada no pueda determinar en alguna medida el curso de la historia. Precisamente por esta posibilidad la investigación científica en economía se ha constituido en una actividad que conlleva múltiples peligros e incomprendiones. "En el terreno de la economía política —señala Marx—

(6) Carlos Marx, *El Capital*, Libro I, Prefacio de la Primera Edición Alemana, Editorial Cartago, Argentina, 1973, p. 30.

(7) Cf. Oscar Lange, *Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pp. 105-110.

(8) *Ibid*, p. 88. Los subrayados son nuestros.

la investigación libre y científica encuentra muchos más enemigos que en sus otros campos de exploración. La naturaleza particular del tema que trata levanta contra ella y lanza al campo de batalla las pasiones más vivas, más mezquinas y odiosas del corazón humano, todas las furias del interés privado". (9)

Una de las formas de esta oposición burguesa (retomada con frecuencia por sectores falsamente revolucionarios) es la acusación de teórico al análisis dialéctico de la vida económica, en supuesta contradicción con lo empírico, considerado como la investigación propiamente dicha. Esta posición "crítica" supone una negación del análisis dialéctico o científico.

El empirismo es una de las tantas desviaciones de la investigación económica. La investigación económica necesita del dato empírico, pero no se limita a él, convertir a la búsqueda del dato en el objetivo de la investigación es no entender que el dato en sí solo es un instrumento.

"La filosofía idealista contemporánea (por ejemplo el positivismo) separa completamente la abstracción tanto de la actividad práctica cuanto de las cosas mismas, sólo las considera producto de una labor mental voluntaria. Bajo tal comprensión la abstracción es despojada prácticamente de su valor cognoscitivo, deja de ser importante instrumento de penetración en la esencia de los objetos y fenómenos del mundo exterior". (10) Con esta concepción los resultados de la investigación son parciales, fragmentarios, sin unidad ni relación con el todo social. Al respecto Wright Mills plantea: "Como estilo de ciencia social, el empirismo abstracto no se caracteriza por ninguna proposición o teoría importante. No se basa en ningún concepto nuevo de la naturaleza de la sociedad ni del hombre, ni sobre ningunos hechos particulares acerca de ellos". (11)

La economía burguesa en base al empirismo ha logrado "tecnificar" su concepción, hasta el punto que olvida que la ciencia económica es social, lo cual no es casual, en la medida en que ha conseguido trasladar el objeto de estudio de la Economía Política al análisis del intercambio.

"La teoría de la investigación técnico-pragmática es propiamente la de la **Economics** o **Económica**, es decir, es una teoría ahistórica e incluso anti-histórica, lejos y cada vez más lejos

(9) Carlos Marx, **El Capital**, Libro I, Editorial Cartago, Argentina, 1973, p. 23.

(10) Y. Blauberg, "Diccionario marxista de filosofía", Ediciones de Cultura Popular, S.A., México, 1972, p. 10.

(11) C. Wright Mills, **La Imaginación Sociológica**, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 73.

de la Economía como ciencia social, esto es, como ciencia histórica: como Economía Política". (12)

Lo que se pretende es desvirtuar o negar la realidad a través de la economía vulgar que rechaza el conocimiento de las relaciones sociales de producción.

"La liquidación total de la economía política como ciencia social significa, de una parte, que se renuncia al estudio de las relaciones de producción y de las demás relaciones económicas entre los hombres, y de otra, que las relaciones económicas peculiares del modo de producción capitalista se justifican como supuestamente deducidas de los principios universales de la racionalidad económica". (13)

Así, pues, rescatar y desarrollar creativamente la economía política es la condición básica para la comprensión científica de la realidad social y el requisito para su transformación.

(12) Fernando Carmona, **op. cit.**, p. 99.

(13) Oscar Lange, **op. cit.**, p. 263.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y AMERICA LATINA

Oscar Figueroa (*)

I.—Introducción

Hablar hoy en día de la crisis norteamericana y referirse a las implicaciones que ésta puede tener para América Latina, es cualitativamente distinto del enfoque de aquel mismo problema en los años 69-71, cuando se verificaba una situación similar aunque menos profunda. En aquella época, los signos de descomposición extra económica en Estados Unidos eran más graves, representados por el desarrollo de un amplio movimiento marginal (hippies), por la creciente oposición interna a la guerra de Vietnam, por la descomposición del ejército norteamericano en campaña, por el movimiento negro y feminista, etc.

Esta situación estaba acompañada en América Latina del surgimiento de una actitud de rechazo al imperialismo, que en términos políticos se expresaba en la aparición de algunos gobiernos de marcado tinte anti-imperialista y nacionalista (algunos en mayor medida que otros), que representaban una creciente esperanza de emancipación del continente.

Este cuadro en conjunto sustentaba un gran optimismo en el análisis latinoamericano de la crisis de Estados Unidos. El resultado para América Latina resultó ser frustrante.

La crisis que presenciamos hoy se presenta en un contexto diferente para los intereses latinoamericanos. Ahora ya nadie piensa que el desenlace de la recesión norteamericana será el derrumbe del sistema capitalista encabezado por los Estados Unidos. Al contrario, aparece claro que la crisis no reviste las características de 1929-33, y por lo tanto ni con mucho se aproxima a la bancarrota del sistema. Menos ahora cuando comienzan a manifestarse síntomas de recuperación económica en los Estados Unidos, recuperación que posiblemente será lenta y difícil pero constituye una esperanza para el sistema. Lo que ha quedado perfectamente claro es que los

(*) Profesor investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central.

Estados Unidos y el sistema capitalista seguirán afectados por crisis periódicas que fatalmente conducirán al derrumbe del capitalismo en un futuro ahora no previsible.

Por eso, en nuestro análisis intentamos explicar las causas intrínsecas de estas crisis, demostrar por qué se siguen y seguirán dando y particularmente las repercusiones de la depresión en América Latina y sus eventuales consecuencias en el plano político.

II.—Antecedentes de la crisis

A los propósitos de este análisis conviene establecer los antecedentes de la crisis norteamericana actual a partir del período de finalización de la II Guerra Mundial.

Frente a una Europa devastada por la guerra y a un mundo subdesarrollado que comenzaba una etapa de industrialización por su desvinculación momentánea con las potencias centrales, Estados Unidos —con una industria muy activa e intacta hacia fines de la guerra— encuentra el campo propicio para comenzar la exportación de mercancías y capitales en alta escala.

Las perspectivas que ofrece Europa son evidentes: necesita rehacer su economía y para ello no puede acudir sino a Estados Unidos en busca de capitales para inversión. Al propio tiempo para Estados Unidos esta oferta está materializada en las altas tasas de ganancia y el bajo precio de la mano de obra en Europa.

De otro lado, el proceso de industrialización surgido en América Latina servirá ahora, superada la guerra, para ofrecer tecnología y capitales en gran escala por parte de Estados Unidos.

Pero, además de todas estas causales, hay un elemento ajeno a la economía misma que juega un rol muy importante en toda esta situación: el desarrollo del polo socialista en el mundo (que abarca ya toda la Europa Oriental, y pronto China). Esto, junto al debilitamiento producido por la guerra en las naciones capitalistas desarrolladas, con excepción de Estados Unidos, implica la necesidad norteamericana de erigirse en defensor y gendarme del "mundo libre", conjugando la tarea económica y política a través de los ya conocidos Plan Marshall, OTAN, SEATO, etc. Así, Estados Unidos asume el peso del desarrollo económico, militar y político de sus aliados capitalistas. Esto significa que un despegue económico de Europa y Japón no es suficiente para contrarrestar la "amenaza comunista", sino que también se hace necesaria la fuerza de las armas.

Esta situación refleja en esencia un aspecto económico fundamental: gracias al deterioro económico y material de Europa, gracias a la necesidad de la lucha por fronteras y territorios con el mundo socialista y debido a la necesidad de extender su influencia en el Tercer Mundo, Estados Unidos encuentra frente a sí un gran campo donde desplegar toda su potencialidad económica, ávida de actividad. En palabras de Ernest Mandel: "Es evidente que, desde el punto de vista histórico, en 1947-1948 Estados Unidos decidió que era preferible la reaparición de una competencia

en la Europa occidental y Japón a la pérdida de estas áreas para el sistema capitalista mundial. No obstante, tenemos que subrayar una realidad innegable: este proceso de restauración del imperialismo europeo occidental y japonés fue un fruto inevitable 'no sólo' de la guerra fría... sino también de un 'impulso económico' inmanente al capitalismo norteamericano" (1).

Así, no sólo se constatará un desarrollo de la producción norteamericana para la exportación de mercancías. Más importante aún serán los incentivos para la exportación de capitales, de tecnología y para la producción bélica. Se abre así un período de dominación y bonanza del capitalismo norteamericano y de su arma puntal, las empresas multinacionales.

Sobrepasando fronteras geográficas y aduaneras, las empresas multinacionales se constituyen en el elemento fundamental de transporte de capitales de inversión directa norteamericana en el resto del mundo. Atraídos por las tasas de ganancia más altas que en Estados Unidos y por las perspectivas de reproducción y de ampliación de los mercados, estos capitales y empresas se radicarán fundamentalmente en Europa y Japón y secundariamente en los países subdesarrollados (que no ofrecen tan vastos mercados ni seguridades tan grandes a la inversión): "...resulta ilógico la exportación de este capital a los países subdesarrollados, en principio a causa de la escasa amplitud de los correspondientes mercados donde colocarlo, pero también por la falta de seguridad política necesaria para la amortización de las costosas instalaciones. Esto explica por qué una parte considerable de la enorme expansión de las inversiones directas hechas en el extranjero por las grandes sociedades norteamericanas... se dirigió al Japón y a los países de la Europa Occidental" (2). Vemos entonces cómo la inversión privada norteamericana aumenta cinco veces entre 1950 y 1967 a nivel mundial, mientras que para Europa Occidental se multiplica por más de 10 en el mismo período (3).

Con esto podemos concluir que al mismo tiempo que se verifica la internacionalización del capital, se asiste a una dirección centralizada del mismo por parte de las grandes empresas norteamericanas.

Todo este proceso hace que se vaya produciendo una acumulación cada vez mayor en manos de estas empresas, que a través de los procesos de concentración ven aumentar su poderío, permitiéndoles al mismo tiempo una centralización del capital que se expresa en una absorción de las empresas más débiles y menos competitivas, junto con la fusión con empresas de ultramar, sobre todo europeas.

(1) Ernest Mandel. "Proceso al Desafío Americano", Ed. Nova Terra, Barcelona, 1970, pp. 15-16.

(2) *Ibid.*, pp. 17-18.

(3) Cf. José Valenzuela Feijoo, "Capitalismo, Subdesarrollo y Cambio", II Parte, Revista "Desarrollo Indoamericano", Nº 26, p. 37, Barranquilla, Colombia, noviembre 1974.

Por supuesto que todo este proceso tiene como condición el ensanchamiento cada vez mayor de los mercados. La dura competencia allí planteada lleva a un acelerado avance de los niveles de tecnología, que será el arma de penetración en los nuevos mercados, y el consiguiente abaratamiento de costos (es decir, mayor plusvalía relativa).

Este esquema se sustentará sobre ciertos factores, que permitirán la estabilidad y la reproducción de las condiciones de desarrollo.

El principal factor será siempre la acción que el Estado pueda desplegar en términos de coadyuvar a la estabilidad del sistema. Esta ayuda se traduce en la adquisición por parte del Estado de un gran volumen de producción privada; en la asistencia social y obras de infraestructura que permiten a las empresas productivas obtener una mayor plusvalía; en financiamiento para la investigación científica; en políticas militares y de militarización que requieren un alto nivel productivo en ese rubro, etc. (4).

Otro elemento fundamental en todo ese proceso de estabilización y desarrollo equilibrado, será el papel jugado por la política externa norteamericana, sobre todo la que se refiere a su intervención militar en diversos conflictos a través del mundo. Las guerras de Corea y Vietnam representan para el desarrollo económico norteamericano puntos fundamentales para períodos de auge y crecimiento; lo mismo puede decirse a nivel menor de otras actuaciones militares norteamericanas, como las invasiones a Santo Domingo, Guatemala, etc., en el nivel latinoamericano.

La política dirigida a lo que se ha llamado el "capitalismo del desperdicio", es decir a la producción de ciertos bienes no necesarios, pero que representan campos de inversión importantes, con grandes ganancias aseguradas por la demanda del gobierno de tales bienes, es otra forma de estabilidad y desarrollo del modelo.

Toda esta situación, entonces, ha estado enmarcada en una determinada política económica impuesta por los Estados Unidos a su desarrollo desde fines de la década del 40.

Después de la revisión de los elementos fundamentales de la política económica norteamericana, interesa reiterarlos para presentarlos como un solo bloque encaminado hacia un mismo objetivo.

En primer lugar, en lo que se refiere a la política exterior interesa destacar dos elementos fundamentales que marcan y que tienen incidencia importante en el desarrollo ulterior del capitalismo norteamericano. En primer lugar, una política militar que posibilita la función hegemónica mundial de los Estados Unidos y la salida de excedentes que buscan campos de inversión. Esta política militar se expresa en un nivel de gastos en ayuda a los aliados y en mantención de bases militares en el extranjero.

(4) Para profundizar el estudio del papel del Estado en la economía norteamericana, ver James O' Connor, "Estado y Capitalismo en la Sociedad Norteamericana", Ed. Periferia, Buenos Aires, 1974, especialmente caps. I y II.

En este aspecto es ilustrativo el aumento de estos gastos desde 3.453 millones de dólares en 1958 a 4.851 en 1970 (5).

Junto con esto, en segundo lugar, el incentivo para la creación del "complejo militar industrial", que representa el crecimiento y desarrollo de una gran industria bélica al interior de los Estados Unidos.

Siguiendo el aspecto de la política internacional, encontramos una política monetaria que amparada por los acuerdos de Bretton Woods y el FMI, ha posibilitado una inundación de dólares en el mundo, fundamental para los Estados Unidos en un momento determinado de su desarrollo y que permitió la "norteamericanización" del mercado mundial. (6).

A nivel interno, toda la política económica busca en esencia cumplir con el recetario keynesiano para evitar las crisis y amortiguar los efectos del periodo depresivo de los ciclos económicos. Esta política se **orienta sobre todo al pleno empleo y a la actividad estatal**. Se crea así una demanda estatal y un gasto estatal importante en la economía; se incentiva la inversión a través de políticas crediticias e impositivas, todo esto con la intención de que la inversión signifique un aumento considerable del nivel del empleo en la sociedad. Aunque estas medidas tengan dos efectos nocivos, la inflación y el déficit de los presupuestos fiscales, esas características están absolutamente compensadas por el nivel de auge que la economía alcanza y que culmina en el llamado "boom" Kennedy-Johnson.

III.—Causas y características de la crisis

A partir de la observación de la economía norteamericana, resultado de las políticas ya mencionadas, se observaba que al amparo de la guerra fría, del papel del Estado, de las inversiones en Europa, Japón y el Tercer Mundo, Estados Unidos va desarrollando una economía de creciente poderío y auge que, aunque acompañada de algunas leves caídas, apunta cada vez más o convertir a la Unión en una super potencia sin debilidades ni peligros de crisis, del estilo de la de 1929. Paradojalmente todos los elementos que constituyen la esencia del auge serán los que a la larga producirán y ahondarán la actual crisis norteamericana y del mundo capitalista.

Analicemos, entonces, con más detenimiento las consecuencias del desarrollo y de las políticas económicas norteamericanas.

Nos hemos referido en primer lugar a las políticas anti-recesivas programadas por los Estados Unidos. Decíamos que, en ese sentido, el Estado ocupa un lugar importante como programador y regulador de la ac-

(5) José Valenzuela Feijoo, *op. cit.*, p. 45.

(6) Vivian Trías, "La Crisis de los Estados Unidos y América Latina", *Problemas del Desarrollo*, Revista del Instituto de Investigaciones de la UNAM, N° 6, enero-marzo 1971, pp. 16-17.

tividad económica. Ahora bien, esta política económica tiene una gran tendencia inflacionaria. En primer lugar, la creciente actividad estatal tiende a necesitar cada vez más capital para poder llevarse a cabo. Ante esta situación el Estado tiene dos alternativas: a) recargar a la sociedad con impuestos, y b) el mecanismo de los déficits presupuestarios y de la emisión de moneda. Normalmente la política norteamericana se ha orientado en ambos rumbos. En la medida en que los efectos impositivos sobre la actividad de los monopolios se refleja después en el precio que estos fijan a sus productos, incidiendo sobre la inflación, o disminuyendo la producción para alcanzar estos precios superiores, el Estado ha evitado recargar allí su política impositiva. (En los gobiernos de Kennedy y Johnson se expidió una ley que reducía impuestos a las ganancias reinvertidas por las compañías). Así pues, normalmente, el recargo impositivo tiende a caer sobre los sectores medios y asalariados que, de este modo, ven disminuir sus posibilidades de consumo.

De allí que se haya recurrido con asiduidad al endeudamiento público como forma de dinamizar la economía. El efecto inflacionario resultó la natural consecuencia. Acompañando a este fenómeno se observó la expansión de los gastos de guerra en el presupuesto norteamericano, propiciando una salida de dólares que no regresa más a los Estados Unidos. A esto se agrega que la actual producción de guerra norteamericana, destinada principalmente a armamentos modernos del tipo de misiles intercontinentales, carece del efecto multiplicador de la producción característica de los armamentos tradicionales (7).

Todo esto provoca un deterioro progresivo de la economía norteamericana. Sólo los Estados Unidos cumplen el papel de gendarme del capitalismo, con los gastos que ello significa. Europa Occidental y Japón, receptores de gran cantidad de capitales desde los Estados Unidos en los albores de la post-guerra, se dedican a desarrollar sus economías y competir favorablemente con la producción norteamericana. El uso de la mano de obra más barata y la existencia de tasas de ganancia más altas (12% en Europa y Japón frente a 9% en Estados Unidos), determina un gran desarrollo en la producción de esos países, que comienzan incluso a exportar mercancías hacia los Estados Unidos.

Así, los índices de crecimiento económico de los Estados Unidos han sido ampliamente rebasados por las economías europea y japonesa, a tal punto que las exportaciones norteamericanas caen abruptamente (de 32.4% del total del mundo capitalista en 1947, a 15.5% en 1970), mientras crecen las de los países europeos y Japón (8). Este desajuste y los gastos militares tienen una gran incidencia sobre la balanza de pagos norteamericana.

(7) Theotónio Dos Santos, "La Crisis Norteamericana y América Latina", Ed. Periferia, Buenos Aires, 1972, p. 95.

(8) J. Valenzuela F., *op. cit.*, p. 39.

Esta situación, por supuesto, no es nueva para la economía norteamericana. En el período de expansión del capitalismo norteamericano, en la década del 50, el endeudamiento fiscal y el déficit de la balanza de pagos eran mecanismos importantes de acción que permitían copar la economía mundial. A medida que pasa el tiempo, ese mecanismo de la prosperidad norteamericana se convierte en "boomerang". Los gastos de Estados Unidos actualmente, conceptuados en ayuda financiera al exterior, inversiones en el extranjero y mantenimiento de su aparato militar resultan superiores a lo recibido por exportaciones, intereses, royalties, beneficios, etc. (9). Esto ha venido aconteciendo sobre todo debido a la creciente debilidad del comercio exterior para generar superávit, son causas de tipo estructural: "inflación perniciosa interna, que ha reducido la capacidad competitiva norteamericana; formación de bloques económicos internacionales; expansión en el exterior de las grandes compañías industriales de los Estados Unidos; mejoría en la capacidad competitiva de grandes países industriales como Japón, Alemania Federal y otros; y falta de suficiente dinamismo del comercio internacional" (10).

De esta manera, la balanza de pagos norteamericana alcanza un déficit de más de 5.000 millones de dólares a fines de 1974 y la balanza comercial sobrepasa en esa misma fecha los 3.000 millones de déficit (11).

Así, la fórmula de sustentación del auge norteamericano en la postguerra se convierte en la actualidad en su principal enemigo. Muerta la confianza, mueren con ella las bondades del equilibrio riesgoso. "Terminadas las reservas de oro (actualmente las reservas norteamericanas de ese metal alcanzan sólo para copar menos de un tercio de la cantidad de dólares norteamericanos regados por el mundo; O.F.), continuando el déficit de la balanza de pagos y aumentando las presiones inflacionarias en el interior, disminuyendo el poder de competencia de los productos norteamericanos en el mercado mundial, aumentando la presión sobre el dólar a escala mundial, los efectos hipnóticos de la magia del gigante mundial empiezan a desaparecer" (12).

Esta situación analizada y descrita corresponde a la crisis de la economía norteamericana hacia 1972. En esa fecha se puede establecer como la economía norteamericana traslada sus efectos al resto de los países desarrollados y los obliga a compartir el peso de la crisis.

La llamada Nueva Política Económica, impulsada por Richard Nixon

(9) Vivian Trías, *op. cit.*, p. 17.

(10) José Luis Ceceña Gámez, "La Crisis del Dólar", *Problemas del Desarrollo*, revista citada, Nº 8, julio-setiembre 1971, pp. 5-6.

(11) Gerardo Aceituno, "Estados Unidos: la situación económica durante el año 1974". *Revista del Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Cuenca*, Nº 2, p. 178.

(12) Theotonio Dos Santos, *op. cit.* p. 48.

en agosto de 1971, representó una actitud agresiva en el plano internacional. Gravando las importaciones extranjeras, incentivando sus propias exportaciones, devaluando el dólar, luego de dejarlo flotar en el mercado de divisas, suprimiendo su convertibilidad en oro, Estados Unidos buscará fortalecer su economía y obligar a sus socios capitalistas a adoptar medidas, a compartir la crisis y negociar en términos aceptables para los Estados Unidos (13).

Aquella situación, como se ve por el análisis anterior, no significó resolver la crisis; sin embargo permitió un cambio de actitud de Europa y Japón, que comprendieron que presiones fuertes sobre la economía norteamericana no comprometían sólo a la capacidad de respuesta de los Estados Unidos, sino que podían apuntar a la bancarrota definitiva del sistema (14).

Es así, entonces, como a pesar que hoy existe optimismo en el ámbito de los negocios y las empresas en Estados Unidos respecto a una lenta pero segura recuperación, en el largo plazo no se puede ser tan optimista. Ya hemos visto como el análisis económico burgués ha sido incapaz de explicar y prever una situación de recesión e inflación simultánea (que Keynes y sus discípulos consideraban como fenómenos opuestos e incluso excluyentes).

En el marco de esta situación, Estados Unidos busca definir su relación con respecto al resto del mundo, reconociendo sus crecientes desequilibrios económicos aunque tratando de mantener su posición hegemónica. Sin embargo, la derrota militar en Indochina, la crisis del petróleo, la política de paz en el Medio Oriente, así como la situación portuguesa que atenta contra la unidad europea marcan objetivamente un repliegue importante de las posiciones norteamericanas en el mundo.

Reflejando estos hechos, una alternativa para los Estados Unidos es justamente la de disminuir su influencia a nivel mundial, reduciendo su expansión externa (económica, política y militar), reconociendo lo que ya es una tendencia, y descansando también en la ayuda que pueden prestar

(13) José Luis Ceceña Gámez, "Los Estados Unidos y la Nueva Política Económica de Nixon", Problemas del Desarrollo, Nº 10, febrero-abril 1972, pp. 5-6.

(14) Las repercusiones de la crisis en Europa y Japón se ven agravadas por la crisis del petróleo. Según datos publicados por Alvaro Briones en su trabajo "Incontenible tendencia a la Recesión", en la revista Problemas del Desarrollo Nº 19, se preveía para Europa en 1974 una tasa de inflación superior al 13%, sumado a bajas considerables del producto interno (Alemania, de 5.5% en 1973 a 0.75%; Inglaterra, de 5.6% a menos de 2.5%, para Japón la baja era más marcada aún: de 10.4% a 1.75%). Todo esto, por supuesto, acompañado de grandes pérdidas de las empresas, quiebra de algunas, reducción de la semana laboral, desempleo, etc.

los otros países desarrollados en su tarea de gendarme. Si bien esta posibilidad es relativamente válida, llevada a sus últimas consecuencias significaría la renuncia a la dominación mundial y a la expansión imperialista norteamericana, lo cual evidentemente no puede ser aceptado por la burguesía yanqui.

Una segunda posibilidad reside en un intento de alcanzar un equilibrio en su balanza de pagos. Esto puede ser obtenido ya sea devaluando el dólar, incrementando exportaciones o reduciendo las importaciones. La devaluación oficial del dólar puede ser descartada desde ya como ilusión, no es aconsejable por los resultados obtenidos y además por sus consecuencias inflacionarias. Para aumentar las exportaciones debe luchar en un mercado altamente competitivo y desfavorable para un país como Estados Unidos que tiene un nivel de productividad menor que sus competidores y un alto precio de la mano de obra.

La tercera y última posibilidad se refiere al aumento de la rentabilidad de sus inversiones en el extranjero, o al aumento de las remesas de capital desde las filiales a las casas matrices de las empresas multinacionales. El aumento de la rentabilidad es difícil por razones económicas (alta composición orgánica del capital en esas inversiones), como políticas (fuerte oposición en los países recipientes). Lo segundo significaría debilitar la posición y la fuerza del capital norteamericano al interior de las economías en que funcionan esas empresas, y también encontraría oposición cerrada por parte de los países que reciben (15).

Se verifica pues, que a pesar de que la economía norteamericana tiene oxígeno para algún tiempo, se debate entre problemas de difícil solución. La única alternativa posible y de efectos perdurables sería rechazar las tendencias económicas del capitalismo que condicionan este callejón sin salida, negando así al sistema.

Mientras tanto, la economía norteamericana se está volviendo contra las áreas que puede dominar más fácilmente para sostener su recuperación y enfrentar el futuro con más fuerza. Dentro de este campo, América Latina constituye un objetivo importante para los Estados Unidos.

IV.—América Latina y la crisis

La crisis latinoamericana no necesita de "ayudas" del exterior para hacerse más profunda.

La creciente desigualdad social y la pobreza, el ensanchamiento cada vez mayor de la brecha entre países desarrollados y países dependientes, la intromisión del capital extranjero, que explota y expolia trabajadores,

(15) Este análisis pertenece a José Valenzuela Feijoo, en su obra ya citada, p. 45.

riquezas naturales y mercados, son causa de crisis constante y factor de prosperidad metropolitana.

Por esta razón, se puede pensar que la crisis existente hoy en el capitalismo exigirá a América Latina un alto precio como contribución a la normalización de la vida económica en el centro. Sin necesidad de un análisis profundo aparece claro que las posibilidades de desarrollo y emancipación del continente se verán fuertemente amenazadas en el curso de la recuperación norteamericana.

La vinculación —como ya dijimos— está asentada por la fuerte influencia de los Estados Unidos sobre el continente, que casi por un siglo ha estado girando al ritmo que le impone la potencia hegemónica. Normalmente los Estados Unidos han sabido imponer —de diversas formas— sus decisiones con relativa facilidad en el ámbito latinoamericano.

La crisis del 69-71 inundó de optimismo las expectativas latinoamericanas en función del desarrollo de un gran polo de disconformidad y oposición a la política norteamericana, y que se representa institucionalmente en la existencia de gobiernos como los del Perú, Bolivia, Chile, en una creciente radicalización en la Argentina y Uruguay, en la adopción de medidas frente al capital extranjero de parte de los países del Pacto Andino, etc. El proceso de estabilización siguiente echa por la borda ese optimismo y las esperanzas latinoamericanas. Con una ofensiva inusitadamente violenta, aunque sin una participación muy abierta, el imperia- lismo logró vulnerar a las tendencias más radicalizadas del continente y neutralizar y aislar a los sectores que lograron subsistir.

El proceso económico y político en América Latina desde 1972 marca la tendencia hacia la recomposición del cuadro interno, con el surgimiento de políticas más centristas, pero de marcado corte nacionalista. Esta actitud se puede vislumbrar en la política argentina de exportaciones a Cuba; en el conflicto frente a la Ley de Comercio Exterior norteamericano; en la crisis de la OEA respecto al Tratado de Río que dio como resultado final la posibilidad de incorporación de Cuba al sistema interamericano; en la posición de intransigencia nacionalista del General Torrijos en Panamá; en el conflicto particular pero con respaldo continental de los países latinoamericanos de la OPEP y Estados Unidos, etc.

Respecto a la crisis misma, existe poca información detallada sobre sus repercusiones en América Latina. Lo que es obvio es la trasmisión de la inflación a lo largo de todo el continente. Al mismo tiempo, los países no productores de petróleo se han visto muy amenazados por el problema energético. En especial Brasil, que con un alto nivel de industrialización ha visto frustradas por esta causa algunas expectativas de su desarrollo.

En medio de esta situación, las grandes empresas monopólicas extranjeras han sabido cómo pescar en este río revuelto, aunque estos logros han sido claramente insuficientes para revertir la crisis norteamericana.

El otro problema fundamental y que adquiere gran importancia desde la crisis, es el de las materias primas. La lucha en torno a la fijación

del precio de éstas es otro de los puntos importantes de definición en la crisis. Hasta ahora se ha verificado un alza en el precio de materias primas, pero los Estados Unidos, por la incidencia que este factor tiene en la composición del precio de sus mercancías, ha venido presionando para conseguir una baja.

En el corto plazo, en condiciones de crisis, se supone que la economía central se repliega, disminuyendo así su vinculación con los países dependientes, como ha sido característico en épocas notables, como la crisis del año 29 o la II Guerra Mundial.

Para América Latina hoy día esta situación reporta una disminución de sus exportaciones; recibir menos inversiones privadas norteamericanas, junto con el intento de éstas de extraer mayores ganancias y beneficios por el mismo capital invertido.

A mediano plazo, es previsible que sea más bien la vía diplomática y de la cruda realidad económica el arma de penetración y afianzamiento del imperialismo en América Latina. Las condiciones políticas imperantes en América Latina también llevan a privilegiar esta alternativa para los Estados Unidos, que enfrentan hasta ahora a un bloque más o menos compacto frente a ciertos problemas ya reseñados.

Siendo así, aparece interesante explorar los posibles cursos de la política económica norteamericana de cara a su vilipendiado "hermano menor".

V.—Perspectivas para América Latina

El análisis de las posibilidades de estabilización de la economía norteamericana arroja luces importantes para estudiar como se redefinirá el papel de América Latina en la economía mundial. El término "redefinición" no está referido aquí a la posibilidad de cambios profundos en el esquema político-económico del continente, sino a que es posible esperar que, producto de esta redefinición, las consecuencias sean muy profundas y duraderas.

Siguiendo el mismo orden de análisis del tercer capítulo, la primera preocupación será la referente a la expansión o contracción de la influencia norteamericana en el mundo.

No se puede esperar que respecto a América Latina los Estados Unidos vayan a replegarse y disminuir su influencia. Si se verifica ello en alguna región del mundo (como ya ha sido en Indochina), más bien intentarán fortalecerse en aquellas áreas donde su hegemonía es menos discutida. Un lugar apropiado es, evidentemente, nuestro continente. En esa dirección, el crecimiento y robustecimiento de la influencia norteamericana tiene incluso sus causas objetivas en la actitud unitaria y a veces crítica del bloque latinoamericano.

La actitud norteamericana no tiene por qué reflejarse en una política de mano dura, como ya hemos dicho, sino que puede orientarse sobre

todo a nivel de medidas económicas duras, que se deducen de los puntos siguientes del análisis.

En el marco de los problemas a enfrentar actualmente por los Estados Unidos en el contexto mundial, mencionábamos en segundo lugar la necesidad de equilibrio de su balanza de pagos. Aquí, los mecanismos de importación-exportación pueden ser ampliamente aplicables en la economía latinoamericana.

Estados Unidos tiene la posibilidad concreta de aumentar sus exportaciones hacia América Latina, en la medida en que el mercado (aunque reducido) no es tan competitivo como el europeo o japonés; incluso cabe la posibilidad de deshacerse de gran parte de la maquinaria obsoleta trasladando procesos industriales a este continente, que serían bien recibidos al amparo del proceso de industrialización interna latinoamericana. Esto representa además, la posibilidad de incrementar la exportación de capitales hacia nuestro continente. En cuanto a las importaciones, si bien no es posible reducir su volumen en productos, está siempre vigente la posibilidad de reducir su valor, no sólo abaratando costos con mejor tecnología, sino incluso reduciendo los precios a través de las leyes del mercado, imponiendo así un mayor nivel de explotación al trabajo asalariado latinoamericano.

La política de aumentar la rentabilidad de las empresas norteamericanas en América Latina se acomoda perfectamente con la posibilidad de trasladar ciertos procesos productivos al continente. Habitualmente, los niveles de rentabilidad de las empresas norteamericanas en nuestros países han sido considerablemente altos. La baja composición orgánica del capital se presta para recibir nuevas inversiones de capital, y sin peligro ninguno para la estabilidad económica latinoamericana y para la hegemonía del capital norteamericano, se pueden restar constantemente grandes cantidades de esa inversión primitiva. Sólo la correlación de fuerzas existente en ese momento determinará el margen de maniobra de este recurso.

De este análisis se deriva que la condición fundamental para poder realizar esta política es el endurecimiento, por lo menos económico, del coloso frente a América Latina.

Nuestros países en general no se encuentran preparados para enfrentar una ofensiva de este tipo. La actitud nacionalista asumida por algunos gobiernos parece ser una fuerza insuficiente para contener aquella arremetida.

La bancarrota de la Decisión 24 del Pacto Andino, referente al tratamiento del capital extranjero, así como la reducción de los precios del crudo en el Ecuador, son algunos de los elementos que ya permiten prefigurar la reacción latinoamericana frente a la estrategia de los Estados Unidos.

Para el Ecuador la situación es más grave debido a la intención norteamericana de utilizar al país como instrumento para abrir una brecha a la OPEP, gran fuente de preocupación de los Estados Unidos.

Solo el curso que asuma el desarrollo de esta contienda en el futuro

inmediato determinará si los Estados Unidos harán valer solo su poderío económico en su robustecimiento en América Latina, o si tendrán necesidad de echar mano de herramientas más contundentes para su penetración y dominio.

En principio, las cartas están desplegadas; solo el curso de la historia y el papel asumido por los distintos movimientos sociales dirá si América Latina se somete y adecúa a esta política, o si nacerán procesos nuevos de radicalización que derroten las intenciones norteamericanas, es decir, la perspectiva de un largo y desequilibrado dominio del capitalismo en el continente y en el mundo.

ECUADOR: PASADO Y PRESENTE (*)

MIGUEL DONOSO PAREJA

I

El Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central del Ecuador (Editorial Universitaria, Quito, Ecuador, 1975) acaba de publicar este interesante libro que, bajo el título de *Ecuador: pasado y presente*, nos enfrenta a una interpretación nueva del proceso social del Ecuador, ahora bajo la visión del materialismo histórico. Dentro de este contexto, seis investigadores y ensayistas de las nuevas generaciones ecuatorianas (que examinan e interpretan nuestro subdesarrollo en términos desarrollados), escriben sobre "La economía de la sociedad 'primitiva' ecuatoriana" (Leonardo Mejía), "La estructura económica de la Real Audiencia de Quito" (Fernando Velasco), "De la independencia al auge exportador" (José Moncada), "Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del Siglo XX" (Alejandro Moreano), "La crisis de los años 60" (Agustín Cueva) y "Hacia un subdesarrollo 'moderno'" (René Báez).

Con un estilo sobrio, preciso, exactamente correspondiente al nivel teórico y científico de la exposición —sin lirismos ni "montalvismo" románticos—, los seis autores se enfrentan a los fenómenos del proceso social ecuatoriano con una mirada honda, buscadora de la causalidad de los mismos.

La excelencia y la profundidad de los trabajos impiden, por cierto, que pueda reseñárselos en una sola nota. Por esa razón, nos referimos aquí solamente a los dos primeros ensayos, esto es, "La economía de la sociedad 'primitiva ecuatoriana'", de Leonardo Mejía, y "La estructura económica de la Real Audiencia de Quito", de Fernando Velasco.

El primer estudio nos muestra de qué manera se fue formando la nación ecuatoriana, hasta llegar a lo más aproximado de la estructuración de un estado, la confederación Shyri-Puruhá, "con un jefe a la cabeza" pero, como señala su autor, siendo únicamente "una alianza con fines defensivos" y no "la unidad de dos Estados ya organizados"; luego, citando a Teodoro Wolf, subraya: "era la única en Sudamérica que rivalizaba con la de los indios peruanos en cuanto a su extensión, el número de sus habitantes y el grado de civilización".

(*) Publicado en "El Día", México, D. F., julio de 1975.

A continuación, Mejía analiza la influencia de la conquista incásica ("que no llegó a significar despojo en masa de los instrumentos de trabajo ni expulsión de las tierras de las comunidades conquistadas" sino que "contribuyó en el casi medio siglo que dura su influencia en forma relativa al desarrollo de las fuerzas productivas de las parcialidades localizadas en lo que hoy es nuestro territorio") y el carácter mismo del estado peruano, que Mejía define como "la 'cooperación' de un sinnúmero de ayllus, agregados mediante la conquista bélica o la anexión voluntaria en la producción de bienes y servicios y en la ejecución de ciertos trabajos de interés colectivo, dirigidos por un estado en formación".

Fernando Velasco, por su parte, redefine el concepto de la estructura económica de la colonia, dejando de lado la conocida teoría del carácter feudal de la misma y la necesidad de que los pueblos subdesarrollados, víctimas de un "atraso histórico", deben recorrer el mismo camino —de manera lineal— que han recorrido los países desarrollados.

Para Velasco, la superexplotación colonial, "no es el resultado de un modo de producción feudal como se ha querido ver, sino el directo efecto de la inserción de la formación social colonial en el sistema capitalista, y a su vez de la hegemonía de lo capitalista —palpable a través de la estructura de reproducción y acumulación del capital— en el seno de esta formación social". En palabras más simples: el carácter capitalista de los colonizadores, primero con la explotación de minerales preciosos y después extrayendo materias primas agrícolas y colocando sus productos manufacturados, siempre en función de una acumulación de capital (lo que les ha permitido ser desarrollados a costa de los subdesarrollados), determina una forma de explotación capitalista".

II

ECUADOR: pasado y presente continúa con dos trabajos fundamentales para la comprensión del proceso social ecuatoriano y la manera como el país desembocó en la modernidad: "De la independencia al auge exportador", de José Moncada (especialista en integración económica y planificación), y "Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX", de Alejandro Moreano (sociólogo y maestro de la Universidad Central del Ecuador).

En el primer ensayo nos enfrentamos a la pugna entre los latifundistas del altiplano y la burguesía comercial costeña después de la independencia (lograda fundamentalmente por la segunda, ya que "lucha con un arma poderosa a su favor; el apoyo de su similar, la burguesía extranjera, especialmente inglesa y francesa, interesadas también en quebrantar el monopolio comercial español"), hasta llegar al primer pacto entre las dos fuerzas con "el convenio suscrito por Rocafuerte y Flores el 19 de julio de 1834 para restablecer la paz de modo sólido y permanente en el país". De ahí en adelante, ya dentro de la alianza, viene el auge del cacao, y "en función de ello se iba a organizar una economía subordinada, monoprodutora, fuertemente deformada y básicamente estimulada por

factores exógenos antes que por estímulos provenientes de una fuerte demanda interna". Finalmente, "bajo la hegemonía norteamericana se produciría la definitiva integración de la economía ecuatoriana al modo internacional de producción capitalista".

"Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX" es, quizás, el mejor ensayo que contiene el libro, incluso dentro de su muy alto nivel medio. En él, Moreano analiza lúcidamente lo que fue la revolución liberal encabezada por Eloy Alfaro, el "viejo luchador" que fuera luego quemado tras su arrastre en Quito, en lo que Pareja Diezcanseco llamó "la hoguera bárbara".

Moreano señala que "La revolución liberal fue todo lo que pudo ser: creación y consolidación de las bases políticas e ideológicas necesarias para el desarrollo del capitalismo ecuatoriano en el marco de la progresiva expansión del capital monopolista internacional", porque "para el imperialismo, la revolución liberal era una necesidad histórica, en la medida que requería de procesos de integración de mercados nacionales para su producción industrial, así como para consolidar una estructura estatal centralizada, capaz de garantizar las inversiones directas e indirectas".

El trabajo de Moreano es extenso y ampliamente documentado. En estos términos, nos lleva por una larga serie de hechos históricos y las coyunturas económicas que los van determinando. Así, llega hasta la formación de los partidos de izquierda y al juego que éstos han desempeñado en la política del país, sujetos siempre a la pendularidad de la política de las clases dominantes y sin responder a las necesidades reales de las masas que, en cada crisis de los centros hegemónicos del poder económico, han sido masacradas, desde el 15 de noviembre de 1922 al 3 de junio de 1959, en los tiempos de Camilo Ponce Enríquez. "Incluso el Partido Comunista", nos dice Moreano, refiriéndose a la época del auge del banano, con Galo Plaza a la cabeza, "fue arrastrado por la 'embriaguez' democrática de esa clase que cambiaba el sueño revolucionario de las décadas anteriores por la realización de sus mezquinos y estrechos apetitos. En 1956, detrás del Partido Liberal y en alianza con la fracción derechista del Partido Socialista, participó en las elecciones presidenciales con la fórmula Huerta-Plaza, el primero abogado de la burguesía y de las compañías extranjeras; el segundo terrateniente ganadero, hermano de Galo Plaza".

De esta manera, termina Moreano, con una dirección revolucionaria entregada a los vaivenes de la política de clases de la burguesía y divorciada de una verdadera estrategia en función de la toma del poder, se lograría "una nueva estructura del bloque en el poder que garantice la profundización de las relaciones capitalistas de producción, es decir, la consolidación de las bases internas de acumulación".

III

Los dos últimos trabajos que conforman *Ecuador: pasado y presente*.

son "La crisis de los años 60", de Agustín Cueva (ex-director de la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador y actualmente profesor investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, autor de varios libros, entre estos *El proceso de dominación política en el Ecuador*, editado por Diógenes, México, D.F. y "Hacia un subdesarrollo 'moderno'", de René Báez (Director del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central del Ecuador y autor de *Teorías del subdesarrollo*, libro aparecido en México, D.F., bajo el sello de Diógenes).

En el primero, Cueva, tras subrayar que "el paréntesis 'democrático' de 1948 a 1960 tuvo por fundamento una *coyuntura* económica favorable, mas no una transformación estructural que asegurara una estabilidad duradera", explica que al sobrevenir la crisis de los precios del banano "era natural que la 'estabilidad democrática' zozobrara, junto con la era de prosperidad que la había engendrado", ya que "los efectos favorables del 'desarrollo hacia afuera', como hoy suele llamarse a uno de los aspectos de nuestra situación colonial, no podían durar más tiempo, dados los vicios estructurales del sistema".

De inmediato, Cueva explica, una vez más con acierto, el fenómeno del "velasquismo". Producida la crisis "la población pobre de las urbes inconforme con el *statu quo* pero aún no preparada para hallar una solución revolucionaria, volvió a ver en su 'apóstol' una manera simbólica de oponerse a la dominación oligárquica, haciendo fracasar los planes del sector más 'sensato' de nuestra burguesía".

Así, Velasco Ibarra fue nuevamente presidente del Ecuador, pero por muy poco tiempo, habiéndolo sucedido Carlos Julio Arosemena, su vicepresidente, quien, como señala Cueva, "no se hallaba dispuesto a ir más allá de una actitud progresista, caracterizada en el plano interno por la índole no represiva de su gobierno y, en el plano de las relaciones internacionales, por un nacionalismo que necesariamente habría de adquirir acento antimperialista..." De ahí en adelante, Cueva subraya la histeria anticomunista desatada en el país por la oligarquía y el consecuente golpe militar de 1963, durante el cual "al mismo tiempo que encarcelaban, desterraban o torturaban a los hombres de izquierda y clausuraban universidades y sindicatos, los militares integrantes de la junta de gobierno anunciaron una serie de reformas 'estructurales', que, para marcar el tono de esta tragicomedia que iba a durar casi tres años, empezaron por la *nacionalización de las altas cumbres andinas*" (el subrayado es nuestro).

Cueva pasa luego a explicar la caída de la junta, que se produce dentro de la oposición de la política convencional, hasta el momento de la nueva llegada de Velasco Ibarra al poder, siempre como "el mal menor".

Es en este punto donde entra el trabajo de Báez, quien señala que "cuando el desgaste del velasquismo toca fondo, las fuerzas armadas, institución tradicionalmente encargada de velar por la reproducción del *statu quo*, asumen nuevamente el poder político en el Ecuador, el 15 de febrero de 1972", aunque con ciertos impulsos innovadores que, según Báez, irían poco a poco neutralizándose hasta conformar un gobierno cuya política es "de conciliación y arbitraje, tanto de las tendencias al interior

de las fuerzas armadas como de los intereses y necesidades de las distintas fracciones de la burguesía. El desarrollismo constituirá el velo ideológico para ocultar esa práctica política”.

Todo esto va junto con la nueva riqueza petrolera del país, la que, como dice Báez, “antes que punto de apoyo para implementar un genuino proyecto nacional (que supondría la remoción de las estructuras productivas y sociales irracionales y antagónicas), ha venido a constituir —por lo menos hasta ahora— el marco para una articulación más completa y variable a las metrópolis capitalistas, y, en el orden interno, para una modernización de fachada que busca escamotear la espantosa miseria extendida en la sociedad nacional”. En otras palabras la riqueza petrolera va a dar al Ecuador, si la política económica no cambia, un subdesarrollo “moderno” que implicará, necesariamente, una mayor dependencia del imperialismo.

Carlos Rafael Rodríguez

EL HAMBRE EN EL MUNDO (*)

Señor Presidente:

Al saludar su designación para dirigir nuestros debates, permítame agradecerle la atención y el afecto que el Gobierno y el pueblo de Italia nos han dispensado en esta histórica oportunidad, en que de nuevo todos los caminos del mundo han conducido a Roma.

Es el hambre lo que nos ha convocado a Roma esta vez. El hambre "perenne" —según la define el documento básico de la Conferencia— y el hambre "accidental" promovida por trastornos de la naturaleza, similares a la sequía que en 1973 costara a la humanidad 70 millones de muertes. No es necesario ya que, como en el "Génesis", el Faraón tenga un mal sueño para que José, el hijo de Jacob, la pronostique. Las "vacas flacas" surgen ahora de los datos de las computadoras. El hambre se anticipa en el análisis de los expertos agrícolas y los economistas y queda registrada en los informes de la FAO: ¡400 millones de seres humanos, entre ellos 200 millones de niños padecen esa hambre permanente que los conduce a la inanición y a la muerte!

Y todo esto ocurre aquí, en este mundo de abundancia aparente, donde empiezan a preocuparnos las dramáticas consecuencias que tendría, a breve plazo, la dilapidación de los recursos naturales a que se dedican unas cuantas "sociedades opulentas" en el seno de las cuales no deja de existir también —paradójicamente— el hambre.

La Conferencia Mundial de la Alimentación no puede abordar el problema del hambre y la amenaza mundial de escasez de alimentos con un criterio exclusivamente técnico. Es cierto que constituye un desafío a la ciencia y la técnica contemporáneas el hecho de que un trastorno natural como la falta de lluvia pueda seguir devastando regiones enteras, como el Sahel africano, y ocasionar millones de víctimas en los momentos mismos

(*) Discurso del representante de Cuba, Dr. Carlos Rafael Rodríguez, Vice Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, en la Conferencia Mundial de la Alimentación de Naciones Unidas, realizada en Roma del 5 al 16 de noviembre de 1974.

en que el hombre conquista al cosmos. Sin embargo, el hambre que nos proponemos contener, la escasez mundial de alimentos que nos ocupa, tienen —sobre todo— un componente económico-social que es preciso subrayar si se quiere elaborar en esta Conferencia las formas adecuadas para empezar a resolverlas.

El punto trágico no está en los países capitalistas occidentales ni en aquellos países europeos que en los últimos sesenta años pasaron al sistema socialista. La casi totalidad de los 400 millones amenazados por la falta de alimentos se encuentra en Asia, Africa o la América Latina.

El que esta vasta zona del mundo padezca hoy del hambre en una proporción tan asoladora, el que su producción agrícola sea de tal modo ínfima que no alcance siquiera, en muchos países, los niveles de subsistencia, no se debe a circunstancias de ubicación geográfica ni a características raciales de sus pueblos. Es un hecho que deriva de la historia. Es una consecuencia del subdesarrollo. Y el subdesarrollo —hay que repetirlo sin cansancio— le fue impuesto a esos pueblos por el colonialismo y el imperialismo. En la India y otros países asiáticos, lo mismo que en ciertas regiones de la América Latina, existían, a la llegada de los ingleses y españoles civilizaciones agrícolas, con un dominio acabado de la hidráulica que los ponía a cubierto del hambre. El colonialismo, primero, y el imperialismo económico, después, quebraron esos mecanismos sociales pero no para trasplantar allí los progresos de Europa o, más tarde, las ventajas del crecimiento económico norteamericano. Convirtieron esos países en productores de materias primas, saquearon sus recursos naturales, impusieron regímenes opresores y los utilizaban en su provecho, cortaron el progreso cultural y condenaron al pueblo al analfabetismo y al atraso perennes. Sus bosques fueron diezmados ocasionando la erosión en la tierra. No es, por ello, un accidente histórico el que la productividad por hectárea en los países africanos y asiáticos sea incomparablemente inferior a la media europea o norteamericana y que los pueblos que allí han conquistado en las últimas décadas su independencia hayan tenido que arrancar de niveles subhumanos de cultura y de técnica y carezcan de los recursos esenciales para un verdadero salto al desarrollo.

Si decimos todo esto, no es con el ánimo de desviar la Conferencia Mundial de la Alimentación por los caminos del debate político, ni para recordar los agravios que los antiguos explotados acumulamos contra los que aprovecharon durante siglos nuestra riqueza. Es, Señor Presidente y señores miembros de la Conferencia, que, como se deduce de los documentos que se nos presentan y de las decenas de análisis de alto nivel científico de que disponemos sobre este problema universal, que si se aspira a que los países en desarrollo venzan el hambre y a impedir ade-

más que el hambre se convierta en un espectro que amenace a las sociedades más desarrolladas, será necesario un extraordinario esfuerzo técnico y económico. Y para ello se requiere una colaboración internacional en gran escala. No habrá solución del problema alimentario mundial sin una transferencia tecnológica y financiera en gran escala hacia los países retrasados o en desarrollo.

La experiencia nos dice, que eso no sería suficiente. Aunque el Informe a la Conferencia no insiste bastante sobre ello, precisa recordar que además de esas soluciones técnicas y financieras los países en desarrollo tendrán que realizar —como lo han demostrado hasta aquí todas las reuniones internacionales sobre el problema agrícola— una profunda reforma de estructura social en lo que respecta a la tenencia de la tierra, que rompa los obstáculos del latifundio improductivo y resuelva las limitaciones del minifundio destinado a una precaria autosuficiencia familiar.

Puesto que se congregan aquí, ante todo, especialistas en la agricultura de sus países y del mundo, no creemos necesario insistir sobre este tópico.

El mundo tiene que hacer frente, a la vez, a las contingencias que se derivan de trastornos naturales como la pasada sequía, —lo que hace indispensable establecer mecanismos de emergencia— y al problema constante y angustioso del retraso agrícola en las dos terceras partes de la tierra, que convierte aquellos accidentes naturales en catástrofe.

Ante la Conferencia se han presentado proposiciones destinadas a resolver tanto las situaciones de emergencia como los problemas de largo plazo dirigidos a la promoción de la producción de alimentos en el mundo. La Delegación de Cuba se prepara a colaborar activamente en la búsqueda de soluciones en ambos sentidos, pero quisiéramos concentrar nuestra atención en los problemas relativos a la escasez alimentaria en el llamado Tercer Mundo.

Los informes que se nos han presentado insisten en la necesidad de que los países en desarrollo alcancen la técnica agrícola que les permitirá incrementar su producción de alimentos de modo que ésta no sólo sirva para el autoabastecimiento de sus pueblos sino que contribuya a elevar el comercio mundial de productos agrícolas y a formar los necesarios excedentes que nos precaverán contra los desastres momentáneos y podrán servir también —si son debidamente utilizados— para la estabilidad del comercio mundial.

Al examinar ese problema los documentos aportan la cifras de financiamiento que se requerirán para estas transformaciones de la técnica sin las cuales los países en desarrollo seguirán teniendo economías agrícolas marginales. Las cifras lucen fabu-

losas, pero la experiencia indica que resultan, sin embargo, tímidas e insuficientes.

Hace siete años, en esta misma Roma y en el ámbito de la FAO, empezamos a discutir el tema bajo el signo de un hambre ya perceptible. Cuando la Delegación cubana dio sus criterios respecto al "Estudio sobre los Recursos para la Producción de Alimentos en el Desarrollo Agrícola", que se presentó a esa XIV Conferencia de FAO, expresábamos nuestra discrepancia respecto a los escasos insumos químicos y de maquinaria que en ese trabajo se estimaban necesarios para el incremento drástico de la producción a que se aspiraba. Impugnamos también los costos calculados para su financiación, pues nos parecían exiguos. Los datos que se nos entregan ahora confirman aquellas previsiones, tanto en lo que se refiere a la necesidad de fertilizantes como a las inversiones globales en la agricultura. Se admite ya por los organismos de Naciones Unidas que se requerirían invertir entre 16 y 18 mil millones de dólares durante cada uno de los años del quinquenio 1975-1980 para alcanzar una tasa de crecimiento en la producción agrícola del orden del 3-1/2 al 4%, y se destaca que de ese total, 5 ó 6 mil millones de dólares, deben provenir de la ayuda exterior.

La dramática situación resalta cuando se conoce que el nivel de financiamientos anual no pasa en la actualidad de los 1.500 millones. Si se le añade que las inversiones industriales para los fertilizantes que necesitan los países en desarrollo son del orden de los 6.500 millones de dólares y que sólo para un producto como el azúcar haría falta invertir no menos de 2.500 millones de dólares para acercar la oferta a la demanda hacia 1980, surge con toda claridad la dimensión verdadera del problema.

Los países en desarrollo no pueden resolver por sí solos esa tarea ciclópea. Y si no se resuelve, continuarán muriendo de hambre decenas de millones de niños y adultos. Ese es el problema principal que encara la Conferencia.

Los consejos técnicos son necesarios, pero no bastan. Si la "revolución verde" se estanca en un aparente fracaso, no es porque la técnica, en sí misma, fallara, sino porque faltaron las condiciones económico-sociales en que esa técnica tenía que implantarse. No habrá agricultura productiva sin fertilizantes y —en los trópicos— sin plaguicidas. No puede haberla sin sistemas de riego, pues la ciencia ha demostrado que es precisamente en las regiones tropicales donde menos puede confiarse a la eventualidad de una lluvia abundante pero mal distribuida en el tiempo. La mecanización supone equipamiento y combustibles. Y el nivel de recursos financieros para todos esos insumos no existe en nuestros países en desarrollo.

La solución no puede consistir, como postulan algunos, en abrir todavía más o en reabrir, allí donde la independencia na-

cional las cerró, las puertas a la presencia de las empresas privadas extranjeras para que, con el aporte tecnológico que les viene de su desarrollo, contribuyan a modernizar las agriculturas de los países retrasados. La experiencia de los viejos monopolios y las nuevas y no menos monopólicas empresas transnacionales es demasiado brutal y clara para que ninguno de nuestros pueblos confíe a ellos su porvenir.

Hace falta, por tanto, un esfuerzo colectivo mundial.

La obligación primera corresponde, en ese orden, a los países desarrollados que han sido metrópolis coloniales o neocoloniales de nuestros pueblos y que en gran medida edificaron su opulencia de hoy a costa del saqueo de las riquezas naturales de esos países que ahora están devastados y hambrientos. En lo que a América Latina se refiere, la deuda pendiente corresponde a Estados Unidos y, tarde o temprano, deberá pagarla. Sabemos muy bien que la Hidra de la recesión —con sus dos cabezas: inflación y petróleo— hace que esos países capitalistas poderosos se consideren eximidos de comprometer su ayuda para las tareas del desarrollo mundial. No podemos ignorar que el incremento en el precio del petróleo ha sido invocado para justificar la disminución futura de las contribuciones al desarrollo que a través de la OCDE y la AID se venían prestando. Será bueno, por ello, recordar en esta tribuna que sólo una parte pequeña de las llamadas “transferencias financieras para el desarrollo” constituyó hasta ahora una forma genuina de ayuda. El resto lo formaban préstamos e inversiones privadas, que produjeron a los países desarrollados intereses y utilidades superiores al monto de la colaboración que por otras vías estaban prestando.

Pero debe recordarse, además, que el origen de la bancarrota financiera internacional de los países capitalistas desarrollados y de la inflación que pone en peligro sus economías no está en el incremento del precio del petróleo sino ha de buscarse en la política concreta de los Estados Unidos. Como dijera hace poco el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, Dr. Fidel Castro:

“No es justo culpar a los países petroleros de la inflación mundial y de la crisis monetaria internacional. La responsabilidad por tales problemas recae fundamentalmente en los propios Estados Unidos. Ellos impusieron a la comunidad de naciones el sistema monetario que daba al dólar una posición privilegiada frente a todas las demás monedas. Ellos inundaron al mundo y la reserva de los bancos centrales de casi todos los países con billetes norteamericanos que excedían con mucho su cobertura en oro; ellos bloquearon y alejaron a la comunidad socialista del comercio internacional; ellos iniciaron la guerra fría; ellos y sus aliados en los pactos militares invirtieron durante un cuarto de siglo cientos de miles de millones cada año en armamentos; ellos

promovieron la guerra de Vietnam, que costó más de 150.000 millones de dólares. El presupuesto de guerra de Estados Unidos sobrepasa la cifra de los 80.000 millones anuales y la CIA sola gasta cada año miles de millones. Es en esta funesta política imperialista donde están las raíces de la inflación y la crisis monetaria que surgió bastante antes que los aumentos de los precios petroleros. Ellos implantaron, en fin, la sociedad de consumo y el despilfarro sin límites de los recursos naturales de los pueblos. La elevación de los precios del petróleo, en todo caso, agudizó una situación de crisis desatada ya por la propia sociedad imperialista”.

Cualquier solución de los problemas económicos internacionales tiene que partir del respeto al derecho de los países en vías de desarrollo que poseen petróleo a defender esta riqueza nacional para que no sirva, como en el pasado, al enriquecimiento ilegítimo de las potencias colonialistas e imperialistas, sus monopolios y compañías transnacionales.

La pretensión de imponer a los países no desarrollados que tienen petróleo una política de precios destinada tan sólo a salvaguardar el funcionamiento equilibrado de las economías de las grandes potencias capitalistas y las ganancias de sus empresas transnacionales no sólo encontrará el más unánime repudio de todos los países en vías de desarrollo, aún de aquellos que carecemos de petróleo, sino que es insostenible a esta altura de la historia.

El Presidente Ford, con arrogancia que resulta anacrónica, ha recordado en Naciones Unidas y en Detroit que la guerra ha sido uno de los modos con los cuales se resolvieron en el pasado los problemas de la adquisición de materias primas. Y la invocación al uso descarnado de la fuerza militar se ha escuchado también en los salones del Capitolio de Washington. Por último, en círculos dirigentes de EE. UU. se habla de retener la exportación de alimentos para someter a los países petroleros.

Cuba conoce esos métodos imperiales. También a Cuba se la quiso poner de rodillas con el embargo de combustible y el bloqueo económico antes y después de emplear la agresión militar.

Pero, como lo demuestran la firme actitud de los países árabes y la respuesta corajuda y serena del Presidente de la República de Venezuela, señor Carlos Andrés Pérez, los pueblos no le temen ya a la guerra y están decididos a defender sus recursos y sus derechos. Perú, Panamá y México dieron también esos pasos. Y hemos escuchado aquí la firme declaración de la Argentina.

Los ejemplos de Vietnam y de Cuba están demasiado presentes para que el señor Ford pueda olvidarlos. Aunque el modo en que los Estados Unidos incumplen los Acuerdos de París e

intentan sostener al títere Thieu demuestre una peligrosa falta de perspectiva histórica. No podemos menos que lamentar la ausencia aquí del Gobierno Revolucionario Provisional de Vietnam del Sur. La Delegación de Cuba reitera en esta oportunidad el apoyo que nuestro Primer Ministro, Fidel Castro, ofreció a Venezuela y a los países petroleros en su pugna por afirmar la libre disposición de sus recursos naturales y por hacer que el petróleo, fuente de explotación en el pasado, se convierta para sus poseedores retrasados en posibilidad de desarrollo y bienestar.

El petróleo, su distribución y su precio, inciden sin lugar a dudas en el problema de la alimentación mundial, que ha motivado esta Conferencia. Como fuente de energía eléctrica y automotriz, como materia prima de fertilización y otros productos químicos para la agricultura, la disposición de petróleo y su precio determinarán, en medida considerable, las posibilidades de crecimiento de la producción agrícola mundial y en particular la de los países en vías de desarrollo.

El efecto deteriorador que los precios actuales del petróleo tienen sobre la mayoría de los países capitalistas desarrollados, salvo Estados Unidos, podrá conducir a esos países a una crisis de tan hondas repercusiones que todo el sistema capitalista quedaría envuelto en ella sin posibilidades de recuperación.

Como luchadores por un mundo en que el imperialismo y el capitalismo desaparezcan para dar paso a una sociedad más justa y humana, esa quiebra económica, que confirmaría las previsiones de Carlos Marx, podríamos verla como un paso decisivo hacia el porvenir. Pero tal catástrofe, de la cual los países que han emprendido el socialismo y tienen economías coordinadas podrían salir sin ser definitivamente arrastrados a ella, provocaría, sin embargo, demasiados padecimientos para los trabajadores de los países capitalistas y comportaría el riesgo de un retraso demasiado prolongado para los pueblos que se esfuerzan por el desarrollo. No podemos, pues, abogar por esa solución apocalíptica de las contradicciones económico-sociales que son el centro del debate universal. Por ello estamos dispuestos a trabajar con todos aquellos que traten de evitar esa crisis de la economía internacional y quieran hacerlo por los caminos que conduzcan a un nuevo y más justo orden económico mundial, tal y como fue planteado en el Sexto Período Extraordinario de Sesiones de la Asamblea General de Naciones Unidas, celebrada en Abril de 1974.

La solución será posible siempre que los Estados Unidos y las grandes potencias capitalistas a las que éste quiere mover en su política antipetrolera comprendan que ha pasado la hora de las imposiciones pretorianas, que llegó la hora de las discusiones entre iguales.

No se trata de rebajar el petróleo para que la industria au-

tomovilística de Estados Unidos, Europa o Japón pueda seguir funcionando, o para que su petroquímica resulte rentable. De lo que se trata es de que el petróleo y también la bauxita, el níquel, el cobre, el azúcar, el café, el cacao, productos que constituyen para la gran mayoría de los países en desarrollo los únicos renglones de exportación y elementos decisivos en sus posibilidades de crecimiento económico, tengan un precio justo y adecuado que les permita eliminar el intercambio económico desigual a que los fuerzan los precios de las importaciones que a cambio de sus materias primas, muchas veces no renovables, reciben esos países en forma de fertilizantes, tractores, camiones, equipos constructivos y plantas completas.

El Comité Pearson, en su estudio sobre el desarrollo, realizado dentro de los marcos de la más estricta ortodoxia capitalista, reconoció paladinamente que si los países subdesarrollados empezaran a recibir precios adecuados por sus producciones de materias primas y productos agrícolas, sus necesidades de financiamiento externo descendería considerablemente.

El escenario de esta Conferencia Mundial de la Alimentación podría darnos oportunidad adecuada para iniciar un análisis en profundidad de estos problemas que ponen en peligro la economía mundial.

Permítaseme, a ese respecto, enunciar algunas ideas del Gobierno Revolucionario Cubano, al que represento.

Abogamos, en primer término, por que las resoluciones que surjan de esta Conferencia encaren con ese realismo necesario el problema de los precios para las materias primas y los productos primarios de los países del Tercer Mundo. El estímulo de precios adecuados será uno de los factores que promoverá el esfuerzo agrícola en países en que la agricultura es cada vez más retrasada y de subsistencia. Cuba sostiene además que el precio del petróleo debe ser considerado en el contexto de la correlación internacional de precios. El argumento de que el incremento de precio del petróleo promueve la inflación, no es sostenible porque en realidad su incidencia sobre el costo de los productos terminados es relativamente pequeña. Sin embargo, los trastornos que el precio del petróleo introduce en el balance de pagos son considerables, y no sólo ponen en peligro la estabilidad económica de países capitalistas desarrollados, sino —lo que es más grave— crea situaciones desesperadas a la mayor parte de los países en vías de desarrollo que carecen de petróleo, y no tienen la posibilidad de sustituir éste por la energía hidráulica o por otras fuentes energéticas.

La necesidad irremplazable de su petróleo da a los países petroleros del Tercer Mundo una fuerza que puede resultar decisiva en el proceso económico de nuestros días.

De una parte, esos países, al mantener su batalla en favor

de un justo precio a las materias primas de los países retrasados, juegan un papel vanguardia en la defensa de los intereses comunes de nuestros países en desarrollo y dan un ejemplo de la unidad necesaria. Por otra parte, los fondos que están recibiendo y recibirán como resultado de la valorización del petróleo, si fueran acertadamente empleados, podrían tener una función estabilizadora y estimulante en la economía internacional y servir —a la vez— al desarrollo de los países no petroleros.

El petróleo da derechos pero confiere también responsabilidades. El Primer Ministro, Fidel Castro, recordaba en ese contexto cómo para los países del Tercer Mundo sin petróleo u otras materias fundamentales “la elevación simultánea de los precios de los alimentos, los productos manufacturados, los equipos tecnológicos y la energía, pueden traer consecuencias desastrosas”.

“¿Qué se les va a ofrecer a esos países?” —preguntaba—.

“Es hacia ellos —se respondía el compañero Fidel Castro— que las naciones petroleras con grandes excedentes financieros deben elaborar una estrategia de ayuda al desarrollo, que compense de algún modo el incremento del costo de la energía...”

En esa misma oportunidad, el Primer Ministro de Cuba recordaba cómo las grandes potencias capitalistas se disponían a hacer frente a los incrementos del petróleo elevando, como lo han hecho, los precios de los productos manufacturados, las maquinarias y los equipos tecnológicos. Señalaba la desdicha de que los países petroleros no constituyeran un conjunto políticamente homogéneo y que algunos de ellos se dedicaran a invertir miles de millones en Estados Unidos y otros países capitalistas industrializados, corriendo el riesgo de que el petróleo deje de ser para ellos instrumento de liberación y sus inversiones en Estados Unidos y Occidente los conviertan en “rehenes del imperialismo”.

Si los países petroleros comprenden no sólo su deber como partes de esa gran comunidad histórica que ha sido hasta ahora víctima del saqueo, la discriminación y la opresión sino también su propio interés económico y político hacia el futuro, los excedentes financieros que dimanen del precio del petróleo podrían convertirse en la fuente más importante para el financiamiento de las necesidades del desarrollo y, como consecuencia de la adquisición por estos de tecnologías industriales, ayudarían a mantener en plena producción a los países capitalistas desarrollados y propiciarían que los países socialistas participen cada vez más en la colaboración al desarrollo internacional, como es su propósito.

La estrategia que la Delegación de Cuba defenderá en esta Conferencia, para elevar la producción mundial de alimentos y evitar el hambre que ya prevalece, se basa en esa combinación internacional de factores.

Ante la Conferencia hay proposiciones de diversos países, encaminadas a organizar fondos financieros o dirigidas a establecer bancos de insumos, ya sean fertilizantes o equipos. Otros proyectos combinan el aspecto material y el financiero. Cuba se pronuncia en favor de la tendencia que reflejan esas proposiciones.

Si se quiere evitar el hambre a corto plazo y eliminarla a largo plazo, será necesario garantizar a los países que la padecen tanto los insumos para la producción a precios justos como los fondos financieros para adquirirlos mientras llegan a la etapa del crecimiento autosostenido que es el propósito de todo desarrollo económico. De nada valdría crear fondos de ayuda emergente si no se establecen a la vez las condiciones para que el hambre sea en realidad una amenaza accidental y no, como lo es hoy para numerosos países, una condición permanente.

Cuba comprende la conveniencia de crear reservas estabilizadoras de productos para impedir la dislocación excesiva de los precios. Pero esa política de reservas no debe concebirse como instrumento de servicio de los intereses de algunos países capitalistas desarrollados —como los Estados Unidos—, grandes productores y exportadores de granos a los que la reciente crisis han alertado sobre los peligros y consecuencias de actuar en un mercado sujeto a toda clase de contingencias. Lo que debe haber es una estabilización de precios que responda a los principios de eliminar el intercambio desigual y de poner a los países en desarrollo que dependen de las exportaciones agrícolas en condiciones de adquirir el petróleo y los equipos que sus agriculturas requiere. Estabilizar el azúcar a precios de 200 dólares la tonelada, o el café a 600 dólares, o el cobre a 700 sería condenar las economías de los países en desarrollo al perpetuo retraso y a sus pueblos al hambre perenne.

Se discute si es necesario establecer un nuevo organismo internacional en forma de autoridad suprema alimentaria y algunos sostienen que el manejo de los fondos que se destinen al desarrollo agrícola podrían tenerlo algunos mecanismos internacionales que hoy existen.

Cuba no se niega a discutir la posibilidad de que exista una nueva autoridad internacional, pero se pregunta si la Organización para la Agricultura y la Alimentación no surgió precisamente con el objetivo de ser un mecanismo adecuado a esos fines.

Sin embargo, Cuba se pronuncia a favor de que se cree un nuevo fondo destinado a los problemas del desarrollo agropecuario internacional, independiente de todos los mecanismos que ahora existen. No podemos ser ciegos ante el hecho de que los mecanismos creados hasta ahora son parte de un proceso histórico en el que se reflejó a la vez la guerra fría y la posición subordinada de los países del llamado Tercer Mundo. Si se quiere llegar

en el desarrollo a una estrategia realmente coordinada, que refleje el entendimiento internacional sobre estos problemas, será preciso que los países que contribuyan a ese fondo, y muy en particular los países petroleros, tengan la garantía de que el mismo no va a quedar sujeto a las contingencias políticas que hasta aquí han prevalecido en el uso de los recursos financieros creados al amparo de Naciones Unidas.

Esta no es una empresa pequeña. Reiteramos nuestro criterio de que la estimación de los fondos necesarios en los documentos presentados es todavía baja. Cuba habla por su propia experiencia. Si algún derecho tenemos a la atención de esta Conferencia es el que nos viene del enorme esfuerzo de desarrollo que nuestro pequeño país, con la participación y el sacrificio pleno de su pueblo, está realizando.

Quisiéramos situar la perspectiva alimentaria de nuestro país en el contexto latinoamericano. Cuando los documentos de la Conferencia distinguen la situación de América Latina de la de los países africanos o asiáticos, considerándola menos angustiosa, toman en cuenta las cifras globales, los per cápita nominales de consumo, y olvidan la lacerante realidad de las diferencias de ingresos. Según los estudios de la Comisión Económica para América Latina, más de 100 millones de habitantes se encuentran en condiciones de desnutrición. El dato consignado en el informe de que del 5 al 15% de los varones y del 10 al 35% de las mujeres de nuestro Continente están anémicos en grado importante, es sólo un pálido reflejo de lo que ocurre. Estadísticas poco confiables sobre la mortalidad infantil durante el primer año de nacimiento nos dan para la América Latina una media de 76 por mil. Pero se hacen más ilustrativas cuando se sabe que en Brasil alcanzan al 93.3 por mil y en Chile el promedio es de 79. En Chile, con sus crímenes, la Junta Militar fascista agrava aún más esa miseria.

Es un tópico común en la prensa europea hablar del "milagro del desarrollo brasileño". No es esta Conferencia el lugar más adecuado para impugnar ese aparente milagro pero, si se toma en cuenta que los ritmos de crecimiento económico de Brasil han impresionado al mundo entero, el contraste entre la situación del 15% de los brasileros, para cuyo beneficio se realiza ese crecimiento económico, y el resto de la población es aún más sobrecogedor. La ciudad de Sao Paulo figura entre las más ricas del mundo y allí, según el "Journal do Brasil" del 28 de Mayo de 1972, existe un coeficiente de cerca de 90 niños muertos por cada mil nacidos anualmente y el 43% de las muertes comprobadas en niños de 1 a 4 años de edad son ocasionada por la desnutrición. Los datos vienen de la Organización de la Salud. En el nordeste brasileño, donde la miseria es ya famosa, la tasa de mortalidad infantil es de 180 niños por mil nacidos vivos. De acuerdo con

el sistema salarial de Brasil, para adquirir una ración mínima alimenticia un obrero brasileño debía trabajar en 1965 14 horas y 33 minutos y en 1972 tendría que trabajar 22 horas diarias si pudiera encontrar empleo para ellas. Así golpea el hambre a la América Latina. Así golpeaba también en 1959 a una gran parte de los habitantes de mi país.

La realidad cubana es hoy otra muy distinta. En las informaciones suministradas por la FAO, que las delegaciones tienen ante sí, Cuba aparece en uno de los primeros lugares entre los países en vías de desarrollo por el grado de la alimentación de su pueblo. Pero podríamos añadir que si algunos pocos países aparecen allí con algunas calorías y proteínas más que las de los per cápitas cubanos, el per cápita que corresponde a Cuba se refiere a una distribución igualitaria de los artículos alimenticios, mientras que en otros países de violentas desigualdades en el ingreso nacional, las cifras del per cápita ocultan la diferencia abismal en el consumo de alimentos entre pobres y ricos. Por eso la tasa de mortalidad infantil ha descendido a 27.4 por mil nacidos vivos en un año y en las ciudades principales es de menos de 22 por mil.

Podemos decir con orgullo que en Cuba nadie debe acostarse sin haber disfrutado de una alimentación que, por lo que se ve en esas cifras, se acerca a los niveles del desarrollo. En las sucesivas Conferencias de la FAO hemos ido anunciando el crecimiento sostenido del desarrollo agropecuario de nuestro país y, con ello, la elevación del nivel de alimentación del pueblo cubano. Hoy, después de haberse realizado ya en la vida esos anuncios de las delegaciones cubanas podemos asegurar que para 1980 la alimentación de los ciudadanos de Cuba estará comprendida entre los parámetros propios de los países desarrollados.

Al cristalizar nuestra política de desarrollo, entre 1968 y 1973, se ven ya los crecimientos de la alimentación que en otras oportunidades anunciáramos. El consumo per cápita de leche ha significado un incremento del 26%; en consumo de pescado del 43% y en cereales del 19.5%.

Debe añadirse, además, que en nuestro país está garantizado para cada niño menor de 7 años un litro de leche al día. Que las instituciones infantiles suministran alimentos a más de 50 mil niños menores de 6 años y que esas instituciones albergarán hacia 1980 casi tres veces más niños que en la actualidad, debido a las nuevas construcciones. El internado progresivo de los jóvenes en las escuelas secundarias que radican en el campo, el establecimiento de escuelas de seminternados en las ciudades para la educación primaria y secundaria, hace que 520 mil escolares reciban hoy gratuitamente su alimentación total o parcial en el sistema escolar, cifra que contrasta con la de 75 mil becarios

en 1963 y con la falta total de atención en el período prerrevolucionario.

Cada año, en un programa ambicioso de construcciones escolares, Cuba da oportunidad de ir a los espléndidos internados en el campo a 80 mil nuevos alumnos. Hacia 1980 esa cifra anual se duplicará y el número de internados que recibirán allí en esa fecha, además de la educación, alimentación y vestuario, se acercará al millón de jóvenes.

En 1972, además de los alimentos consumidos en su hogar, casi un millón de trabajadores utilizaron el servicio de los comedores en las fábricas y centros de trabajo. Todo ello explica que la tasa de mortalidad infantil por cada mil niños nacidos vivos haya sido de sólo 27.4, en contraste con los datos de Latinoamérica que hemos mencionado, y que en algunas ciudades sea sólo de 22 por mil nacidos vivos. La mortalidad de 1 a 4 años en 1973 fue de 1.2 por mil nacidos vivos, lo que compara con los datos de los países desarrollados. Cuando se analizan aquellas enfermedades específicas en que la mortalidad de los niños está estrechamente vinculada a su estado nutricional, la superioridad alimentaria de Cuba respecto a otros países en desarrollo se hace evidente. La tasa de mortalidad por gastroenteritis en menores de un año, que era todavía en 1962 de 134.6 por 10 mil nacidos vivos, descendió en 1973 a 32 por 10 mil; la de sarampión fue en 1973 de 0.2 por 100 mil habitantes, ocurriendo el 81.8% de ese ínfimo número de defunciones en menores de 5 años. La mortalidad por tosferina en 1973 era sólo de 0.5 por cada 100 mil habitantes y se limitaba en lo fundamental al primer año de vida. La de tuberculosis es prácticamente nula en menores de 15 años, habiendo sido de 0.1 por 100 mil habitantes en 1973. Desde 1972 no han ocurrido muertes por meningitis tuberculosas en menores de 15 años.

Esa situación de la Salud Pública y de la alimentación cubanas han ganado para Cuba el reconocimiento de la Organización Mundial de la Salud.

Si se nos preguntara cómo un país en desarrollo, que hace 15 años tenía aún 650 mil desocupados —es decir, el 25% de su fuerza de trabajo— y más de un millón de analfabetos, ha podido lograr tales resultados, pese a sufrir la hostilidad constante y el bloqueo económico de los EE. UU., responderíamos con dos palabras: la Revolución.

El proceso de cambios estructurales y profundos que una Revolución supone no bastan por sí mismos para traer el desarrollo, pero son su prerrequisito esencial. Lo son, sobre todo, porque en las condiciones contemporáneas el tránsito de la miseria y el retraso al desarrollo que para los grandes países industrializados fue un proceso de casi un siglo, entraña para los que lo emprenden ahora un salto brusco que impone sacrificios, priva-

ciones y trabajos que los pueblos sólo aceptan cuando están convencidos de que trabajan para ellos mismos y no para una minoría expoliadora como ese 5 ó 10% que en casi todos los países de la América Latina son las oligarquías privilegiadas. En el fondo de los progresos de Cuba están millones de horas trabajadas voluntariamente por nuestro pueblo; están, además, cuantiosas inversiones que representaron, y siguen representando todavía, el empleo de más del 30% del producto bruto en los fines de acumulación destinada al desarrollo. Esa restricción voluntaria del consumo no puede realizarse sino por un pueblo que ha tomado en sus manos su propio destino.

Cuba, con ocho millones de hectáreas, es uno entre los casi cien países que tratan hoy de vencer el subdesarrollo agrícola. En ese empeño, todo nuestro pueblo ha dado lo mejor de sí, y decenas de miles de hombres y mujeres quemaron parte de sus vidas. Pero, además, durante más de doce años, las inversiones anuales en la producción agrícola y pecuaria no fueron nunca inferiores a los 500 millones de dólares, y en este próximo quinquenio Cuba empleará cada año casi 1.000 millones de sus recursos externos para completar, hacia 1980, lo fundamental de desarrollo agrícola.

Pero, puesto que Cuba avanza sostenidamente —y eso no se discute ya en los organismos internacionales, porque los datos, las construcciones y la producción están a la vista—, podemos añadir que sin fertilizantes, sin plaguicidas, sin tractores y sin riego, la producción agrícola de nuestros países tropicales y semitropicales no pasará de ser una rudimentaria economía de subsistencia en torno a la cual el hambre continuará rondando.

Ese es el desafío que el hambre presenta hoy a los pueblos en desarrollo, pero es, sobre todo, el desafío que la historia pone ante aquellos, desarrollados o petroleros, que disponen de los recursos que hacen falta.

Hace siete años, al abordar, en la XVI Conferencia de FAO, problemas que ahora se presentan ante nosotros con una urgencia aún más pertinaz, decíamos en nombre de nuestro Gobierno:

“Si los problemas que debatimos hoy no encuentran una solución urgente, si continúan ahondándose las diferencias entre países desarrollados y subdesarrollados, si se persiste en políticas torpes que abren más esa distancia... se planteará entonces un enfrentamiento de las sociedades hambrientas y los que medran a su costa. Lo que se reclama hoy en el debate de conferencias internacionales será exigido —como cuestión de vida o muerte— por los millones que rehusan perecer de hambre”.

Ese dilema, señor Presidente y señores delegados, está todavía hoy aún más presente. Y es propio recordarlo en un día en que se celebra el aniversario de la primera revolución socialista victoriosa de la historia.

Hace dos días se invocó en esta sala una cita de William Faulkner. Nadie ha descrito mejor que él la miseria, la humillación, el abatimiento del hombre negro en el Sur de los Estados Unidos. Para describirla, con palabras de Shakespeare tituló uno de sus libros "The Sound and the Fury".

Señor Presidente, hay en el mundo cientos de millones para los cuales la vida sólo es, como lo dijera el dramaturgo inglés: "Un cuento contado por un idiota lleno de zumbidos y de furia y que no significa nada". Estamos obligados a trabajar para que la vida de esos millones tenga un significado.

Muchas gracias, señor Presidente.